

THE UNIVERSITY

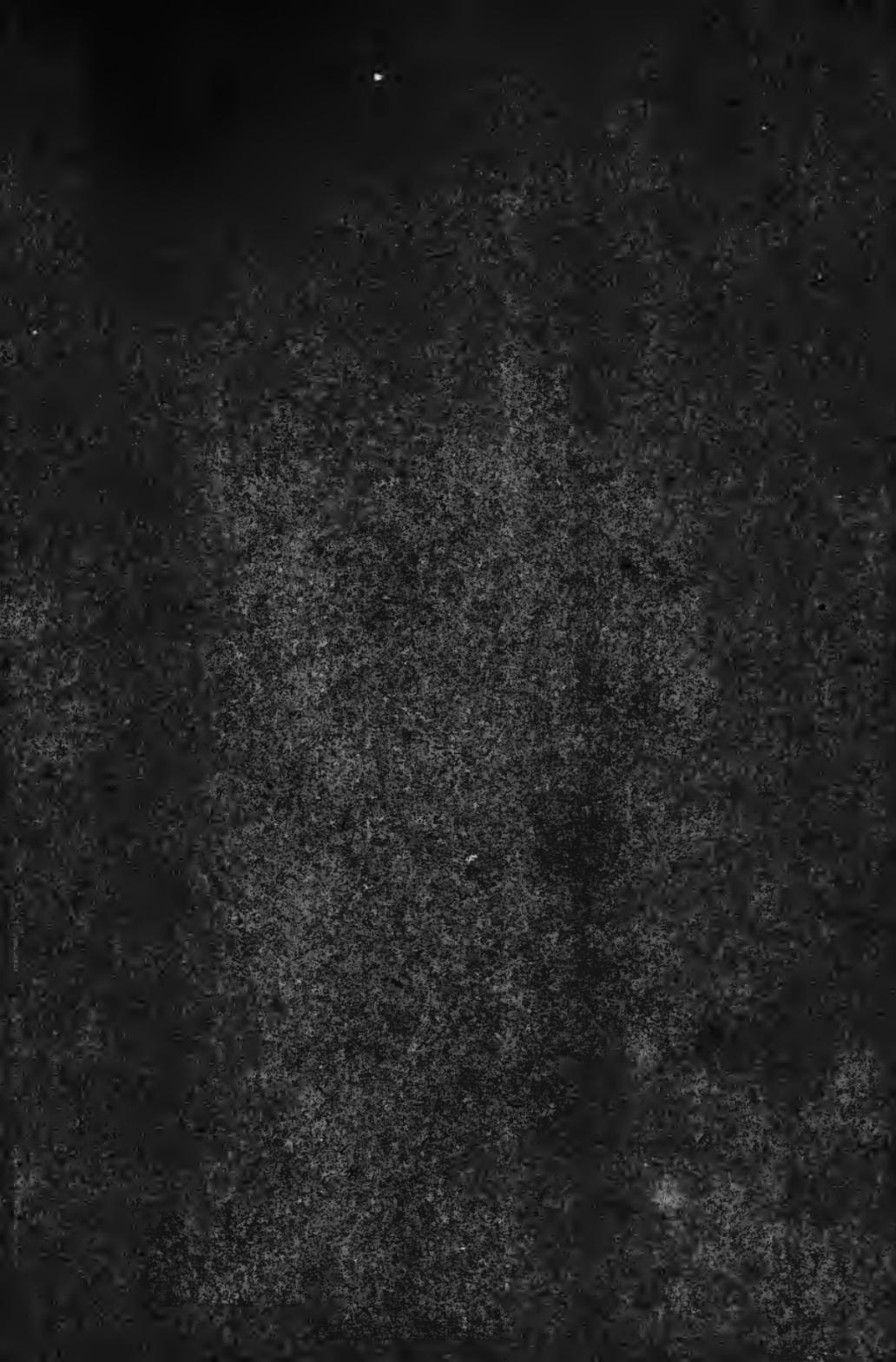
OF ILLINOIS

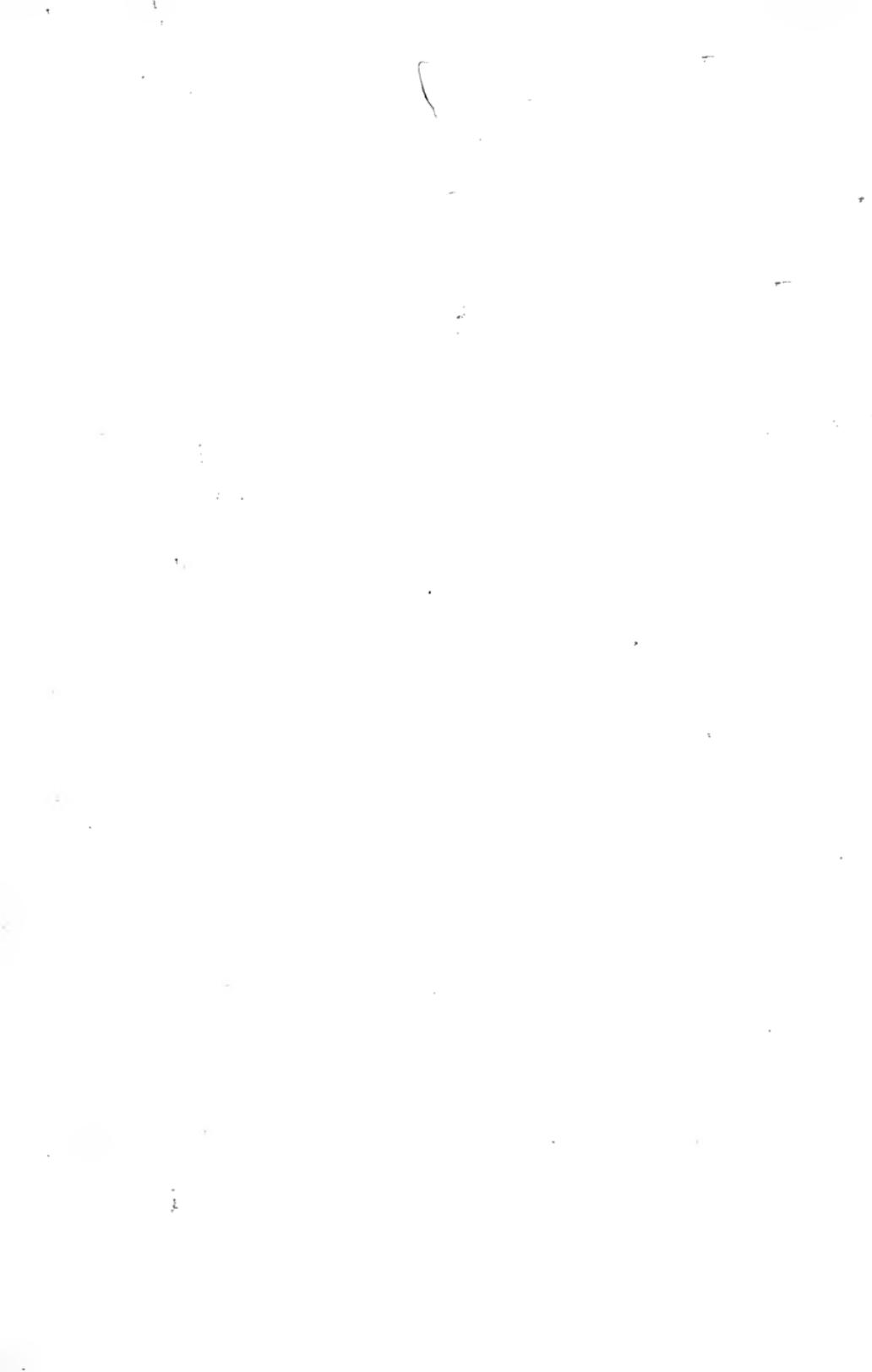
LIBRARY

869.3

So7n

So. American Coll





FRANCISCO SOTO Y CALVO

---

18376  
361.  
200

# NASTASIO



CHARTRES  
IMPRENTA DE DURAND  
RUE FULBERT

—  
1899

A

Microfilm Negative # 91-0946  
Humanities Preservation Project

ES PROPIEDAD

869.3  
S07n

South American

AUG 19 '16 KRIEG

Reference. Graduate Equipment FitzGerald 25 F 18 Monday 50  
28 Fe 20 BINDING 90

A LA MEMORIA

DE

HÉCTOR S. SOTO

598539



Casa de Usted, lunes.

SEÑOR D. FRANCISCO SOTO Y CALVO

MUY QUERIDO AMIGO:

No sé si por la desilusión que va cundiendo acerca de los hombres que vulgarmente se llaman grandes, me es cada día más y más simpática la poesía familiar y casera cuyos héroes son los pobres y humildes de la tierra; de modo que me ha hecho Usted exquisito agasajo, en su hogar embellecido á porfía por el arte y las letras, leyéndome su Poema *Nastasio*.

Usted me ha trasportado al corazón de la Pampa y héchome conocer una familia honrada, afectuosa y trabajadora que es arrebatada y desaparecida en un instante por las fuerzas indomables de una naturaleza bravía: contraste soberano, lucha desigual entre la debilidad merecedora de dichosa tranquilidad y la violencia inconsciente de los elementos. Usted ha descrito con encanto las faenas ordinarias de esa vida que llamaríamos salvaje si no la embellecieran tiernos sentimientos, valor reflexivo, dulce resignación; y al mismo tiempo ha puesto de relieve, con valientes pinceladas, los atractivos de ese duelo de vida ó muerte, que fuera aborrecible para quien no tuviese hecho el corazón á buscar y aun á amar á su contendor cuanto más temible sea, solo por la satisfacción de vencerle. Pero el núcleo del Poema está en la serena conformidad con que *Nastasio*, sobreviviendo al desastre, continúa con el dolor, allá en los senos de su alma, combate más recio que los que había sostenido con potros y

## VIII

con toros, y en la generosa solicitud con que mira por él su patrón, ejemplo vivo de la confraternidad que crean en el desierto la inocencia de costumbres y la comunidad de los peligros; hasta que lo redimió la muerte por largos años deseada en vano,

Y se asentó la paz en su semblante  
Como celeste bendición.

No conozco de vista y por experiencia los accidentes y costumbres de la Pampa; pero no sé qué secreta adivinación me asegura de que todo lo que Usted dice es cierto y real; y puesto ya en este teatro y prevenido en favor de la decoración y de los actores, todo se desenvuelve naturalmente: los sentimientos, el lenguaje, la catástrofe. No sé si á alguno, acostumbrado á la alta entonación cuyos primores ha ostentado Usted en sus *Poesías*, cause extrañeza el lenguaje llano, en varios lugares, de *Nastasio*; á mí me parece que ahí serían inoportunos los adobos poéticos y retóricos, y aun temo que alguna vez haya Usted subido el tono más de lo justo. Si hemos de echar á un lado lo convencional, el campesino ha de hablar como campesino, y los objetos que él conoce han de ser llamados como él los llama: la poesía ha de estar en la cosa misma y no en los atavíos. Bien sé que así, á la letra, semejante doctrina parecerá vitanda á los que creen que la poesía castellana no puede vivir sin ampulósidades y oropeles; mas esos mismos convendrán en que el correctivo de ella está en la selección artística, que toma de lo vulgar cuanto casa con lo culto, y toma el medio en que se confunden lo docto con lo familiar. Absurdo sería poner á los toscos labriegos de Millet rótulos y cintas (como en los cuadros devotos) con las perífrasis de cierta antigua escuela poética. Creo que á cada paso ha acertado Usted con el tono de sinceridad artística.

Otro atractivo añade á las escenas que Usted describe la consideración de que esas costumbres sanas, hijas de inocente tradición, según toda probabilidad, irán desvaneciéndose, y el poema de Usted será como aromoso bálsamo que las conserva para las generaciones venideras.

Díceme Usted que al fin del libro pondrá Usted un glosario de términos poco conocidos fuera de su país, como en Colombia han tenido que hacerlo autores ó editores; y esto me hace pensar en otra despedida, despedida amarga en medio del festín de la civilización, como la de la novia que á hora desconocida deja la casa paterna entre los regocijos de la boda. Poco ha me dió Usted á leer en *La Nación* el parecer de un sabio lingüista francés sobre la suerte de la lengua castellana en América, parecer ya antes expresado por otros no menos competentes, y que á la luz de la historia es de ineludible cumplimiento. Cuando nuestras patrias crecían en el regazo de la madre España, ella les daba masticados é impregnados de su propia sustancia los elementos de la vida moral é intelectual, de donde la conformidad de cultura, con la única diferencia de grado, en el continente hispano-americano; cuando sonó la hora de la emancipación política, todos nos mirábamos como hermanos, y nada nos era indiferente de cuanto tocaba á las nuevas naciones; fueron pasando los años, el interés fué resfriándose, y hoy con frecuencia ni sabemos en un país quién gobierna en los demás, siendo mucho que conozcamos los escritores más insignes que los honran. La influencia de la que fué Metròpoli va debilitándose cada día, y fuera de cuatro ó cinco autores cuyas obras leemos con gusto y provecho, nuestra vida intelectual se deriva de otras fuentes, y carecemos pues casi por completo de un regulador que garantice la antigua uniformidad. Cada cual se apropia lo extraño á su manera, sin consultar con nadie; las divergencias debidas al clima, al género de vida, á las vecindades y aun qué sé yo si á las razas autó-

tonas, se arraigan más y más y se desarrollan ; ya en todas partes se nota que varían los términos comunes y favoritos, que ciertos sufijos ó formaciones privan más acá que allá, que la tradición literaria y lingüística va descaeciendo y no resiste á las influencias exóticas. Hoy sin dificultad y con deleite leemos las obras de los escritores americanos sobre historia, literatura, filosofía ; pero en llegando á lo familiar ó local, necesitamos glosarios. Estamos pues en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas) de quedar separados, como lo quedaron las hijas del imperio Romano : hora solemne y de honda melancolía en que se deshace una de las mayores glorias que ha visto el mundo, y que nos obliga á sentir con el poeta : ¿ Quién no sigue con amor al sol que se oculta ?

Pero, amigo mío, esto es todavía cuento largo, y mientras nos entendemos, no hemos de olvidar que somos hermanos ni negar simpático aplauso á lo bueno, poco ó mucho, que logremos hacer en nuestra agitada vida de ensayos. Entre las mil delicadas obras que en Paris ha inventado la caridad, acaso ninguna me lo ha parecido más que la que ejercitan varios miembros de la Sociedad de San Vicente de Paul, empleando todos los medios posibles para conservar y vivificar las relaciones de familia entre los pobres que vienen á este maremágnum en busca de fortuna, ó siquiera de trabajo, y dejan desecar los afectos íntimos entre la rudeza de la labor material ó entre las redes del vicio, hasta olvidarse de que tienen padres ó hijos. ¿ No haremos obra de caridad y de civilización haciendo efectivo nuestro antiguo parentesco para satisfacción común ?

Por eso correspondo á la prueba de cariño con que Usted me ha favorecido, dirigiéndole estas cuatro letras de felicitación, escritas entre achaques y premiosas ocupaciones.

Suyo afectísimo,

R. J. CUERVO.

I

# FIN DE HIERRA\*

\* Al final del volúmen hallará el lector un vocabulario de las voces argentinas empleadas en la obra y que el autor de esta no subraya por creerlo innecesario.

F. S. y C.



Es aun el tiempo en que la Pampa inmensa  
Sin principio ni fin se abre á los ojos  
Del inquieto mortal. Sobre su extensa  
Chapa de luz, en la región sin mancha  
Ni un sólo pueblo ni vivienda apunta;  
Y allá en contorno de la augusta cancha  
La tierra al cielo cóncavo se junta.

Apenas si al oriente, como nube  
Columbrada á lo lejos, se destaca  
Con azulado tono un vago monte;  
El que á compás que el viajador se acerca  
Á su alta mota, se dibuja y sube  
Sobre el arco huidor del horizonte.

Es la Estancia llamada « Providencia »,  
Heredad del anciano Bastarrica  
Coronel de la patria independencia.  
De la verde llanura la más rica  
La mejor arreglada y la más grande,

Ya pasó de la hierra el apogeo,  
Ya empieza de las gentes el desbande;  
Pues de sus diez mil vacas, la progenie,  
Que el fierro quemador muerde y señala,  
Hace tres días que alistó en rodeo;  
Y es por eso que amengua el clamoreo  
Que sobre el llano volvedor resbala.

Empero aun quedan gentes en montones  
En torno del corral; y junto al grupo  
Mugidor de los últimos terneros,  
Aún bullen los más jóvenes peones  
Y los más ardorosos convidados  
Que enlazan, tumban, pialan á porfía  
Y corren tras la res por todos lados  
Levantando entusiasta algarabía.

Al otro extremo, el grupo ya en reposo,  
De los lazos mejores; que comenta  
El producto del año esplendoroso,  
Y del rudo trabajo peligroso  
Las cien hazañas memorables cuenta.  
Allí están los antiguos veteranos  
Rencor del español; allí del indio

El casique pasado á los cristianos;  
Allí el gaücho, pensativo y triste,  
Elástico y vivaz; y el gran moreno  
Que, á cada instante que sus lábios abre,  
Lanza al espacio su reir de trueno;  
Y allí, junto al fogón, donde chispea  
El estiercol mezclado con chamico  
Que siete marcas en redor caldea,  
Anastasio, el peón, que activa el fuego,  
Apenas los marcantes se aproximan  
Y el fierro enfriado á la fogata arriman,  
Otro les pasa enrojecido, y luego  
Atizando las brasas las revuelve,  
Y hace cundir el humo, que espesado,  
Al gran concurso que descansa envuelve.

Rendido de pialar y arrimar fierro  
El activo Anastasio el fuego atiende;  
Y en torno de la hoguera y de él se enciende  
De más en más la charla campesina,  
Que él atiza también: porque es la hora  
En que ya el sol, de la mitad del cielo,  
Extiende en la sabana brilladora  
De luz dorada su quemante velo.

Síntesis de los criollos campechanos  
Á los cuales el viento del progreso  
De los nativos lares desaloja  
Para arrastrarlos, como á débil hoja  
De campo en campo en los abiertos llanos,  
Es Anastasio el tipo genuino  
Del Payador de númen argentino.

Él también se alejó cual sus hermanos  
Hasta el límite austral de las praderas:  
Paria en su misma tierra deportado  
Por el torrente en ella desbordado  
De las promiscuas gentes extranjeras.

Confinado á lo lejos del camino  
Que el labriego recorre en su adelanto,  
Aún tiene el buen pastor aquel encanto  
Del sér de transición : la gentileza ;  
La espontánea honradez y la bravura  
Que tantas glorias á su tierra atrajo  
Y embebidas dejó de su grandeza  
Las misérrimas luchas del trabajo.

Idolatra á su Pampa silenciosa :

Esa Pampa, como él, seria y callada;  
Irrestañable fuente de misterio;  
Más verdegueante que una mar turbada  
Y más llena de unción que un cementerio.  
Con ella en dulce intimidad palpita  
Aspirando el reposo del ambiente;  
E ignorante del trato de la gente  
Sus varias aptitudes ejercita  
En la atención de su ganado exiguo,  
Y en la de aquel que su patrón le entrega;  
Mientras atiende con pasión de padre  
Al culto del hogar, que ya de antiguo  
Es de simiente fértil como el prado:  
Pues cuando éste de gramas se engalana  
Como un dón de la rica Primavera,  
Crecer su prole el payador advierte  
Con el naciente infante apetecido  
Que, al dejarle el hogar reflorecido,  
En primavera el alma le convierte.

Conserva la conciencia del honrado  
Trabajador que ignora que ella existe  
Y guarda un fondo candoroso y triste  
Su noble corazón. Apasionado

Tiene la ingénua condición del niño  
Que, no sólo en los seres, en las cosas  
Las ansias ciegamente generosas  
Derrama de su ingénito cariño.

Si la noche de estío fosforesce  
Con su manto de estrellas tachonado —  
Digno capuz del esplendor pasado  
Del rutilante y bochornoso día —  
Y una llama en los campos aparece  
Rayándolos con lumbre solitaria,  
Es señal — lo asegura el campesino —  
Que el alma en pena de un paisano muerto,  
Vuela errabunda en pos de la plegaria,  
Flotando como antorcha funeraria  
Sobre la faz profunda del desierto.

— Ayer, no más, las yeguas en tropilla —  
Continúa diciendo el buen paisano  
Á los gaüchos que en redor se sientan  
Para oírle contar — furiosamente  
Escaparon con pávidos bufidos  
Que del rancho en silencio eran sentidos  
Por las gentes que estábamos calladas

Del asador en torno congregadas;  
 Y era que, envuelto en su cendal flotante,  
 El pálido fantasma de la viuda  
 Ingrávido pasaba aleteante  
 Vertiendo miedo en la campiña muda.  
 — Es verdad, Don Nastasio — dijo alguno  
 De los camperos que en contorno estaban  
 Y las cándidas frases escuchaban —  
 La otra noche al llegar junto á mi rancho  
 Se me apareó, espantándome el lobuno,  
 Un cura viejo que domaba un chancho  
 Como una exhalación...

— Pues ¡ ya lo creo! —

Anastasio agregó. — Si en estos pagos  
 No es posible vivir con tanta guerra  
 Que nos deja también su cosa mala  
 Como una maldición de nuestra tierra...

Y después los relatos de peligros  
 De domadas, guerrillas y malones,  
 Y de angústias de sed en los eriales  
 De la inmensa República siguieron  
 En rauda sucesión : que es Anastasio  
 De todos los puesteros y peones

Que luchan en los altos pastizales,  
El más valiente y resignado y fiero  
Que jamás existió : tal lo acredita  
Su fama perdurable entre la gente  
Que á veinte leguas en redor habita.  
Porque de él no tan sólo se relata  
Que, como nadie por el pago, doma  
Los potros más feroces y porfiados,  
Sinó que de igual modo ablandaría  
Á los duros malevos desalmados  
Que amedrentan la misma policía.

Muchas veces saliendo del marasmo  
Congénito al sopor de su tristeza,  
Hasta el lúcido ardor del entusiasmo  
Arrebátase el bardo campesino,  
Con esa inspiradora ligereza  
Habitual del espíritu argentino  
Que, á favor de arrebató repentino,  
Sus modorras de siesta despereza...

Cual si entonces el són de la guitarra  
Alas al canto decidor pusiera  
En su estilo, del alma desbordando

La rebosante trova plañidera,  
 Corre, flores y abrojos derramando,  
 Con ciego inadvertir de primavera...  
 Ora el alto pensar, ora la impura  
 Frase que rueda como espeso lodo  
 Escapa de sus labios, donde todo  
 Toma color de gráfica pintura.

Mas con la hierra terminó el holgorio.  
 Y el ejercicio homérico y solemne  
 De enlazar y correr, y el entrevero  
 En que los mozos, revoleando el lazo  
 Perseguían el último ternero,  
 Por no privarse del placer postrero  
 De hacerle dar el último porrazo  
 Que el infeliz llevara...

Poco á poco,  
 Y uno aquí y otro allá, vienen livianos  
 Los mocetones que embellece el triunfo;  
 Y se avanzan cimbrando todo el cuerpo  
 Con el rollo del lazo entre las manos,  
 Hasta el fogón, en donde el mate anima  
 El charlar de los viejos veteranos,  
 Al que hace fondo, ensordecida y dulce,

De una guitarra la gimiente prima.

Del concurso agrupado junto al fuego  
El continuo reir y los relatos  
Se aplacaron también...

Y entre el sociogo

Conque al vecino arroyo se recuesta  
Mugiendo sus dolores é inquietudes  
La tropa que à los últimos gaüchos  
Retuvo en afanosa algarabía,  
En pintorescos grupos, lentamente,  
Vá desbandada la oficiosa gente  
Comentando los éxitos del día.

---

II

MANUELA



Está la tarde enardecida y triste ;  
Dijérase que espesa y condensada :  
Un bochorno vibrante á la mirada  
De cielo y tierra los espacios viste.

Anastasio á lo lejos aparece ;  
Y, sofrenando el potro que jadea,  
En gozar largamente se recrea  
La intensa dicha que su hogar le ofrece...

Viene el hombre radiante de alegría.  
En su rostro de cobre el sol chispea ;  
Lanza dardos la luz en los botones  
Del amplio tirador : y pule y colora  
La chaquetilla suelta ; del caballo  
Las enérgicas formas avalora ;  
Y hace salir con mágico resalte  
La figura arrogante del jinete  
Que hasta su dulce estancia se adelanta  
Hermoso, juvenil, recio y lozano,

Mostrando en el espejo de los ojos  
Todo el ardor conque su sangre canta  
La hirviente estrofa del contento humano  
Que su seno magnífico levanta.

De su nido de amor, en cuyo alero  
Lucen color y movimiento extraños,  
Sale su gran familia bullanguera  
Como un desbordamiento.

Encabezándola

Su hija mayor, Maruja, la primera,  
Palmea de alegría al ver al padre.  
Tres chicos vienen luego aleteando  
Cual pajarillos. Raudos los alcanzan  
Los perros predilectos con ladridos;  
Mientras los niños, al correr gritando,  
Sus risas frescas al espacio lanzan  
Que van el eco alegre despertando...

Al fin allá, tras el luciente polvo  
Que deja en pos la juvenil carrera,  
Se adelanta tranquila, reposada,  
Con el último vástago en los brazos,  
La madre de los chicos: la adorada

Consorte á su cariño consagrada  
Que el alma le ciñó con tÍbios lazos.

Lisas, espesas y hacia atrÁs caídas,  
Le flotan al desgaire renegridas  
De su cabello las trenzadas hebras,  
Con el blando moverse de culebras  
Á sus formas cimbrantes oprimidas.  
Que es Manuela una moza alta y derecha  
De torso vigoroso aunque flexible ;  
Miembros delgados; frente deprimida  
Y ojos á que se asoma un indecible  
Fatigoso contento de la vida...

Un cierto pliegue de dolor los gruesos  
Y sanguinosos labios la separa :  
Se diría que al fuego de los besos  
Aquella débil flor se marchitara.  
Empapada su voz de sentimiento  
En medio del placer más ostensible,  
Aun trasciende hasta el eco de su acento,  
Aquél amargo dejo de lamento  
Que hace su extraña risa indescriptible.

Se expresa como niña. Ingenuamente  
Abre los grandes ojos sin secretos;  
Y, alzando la cabeza embellecida  
Por un desborde de placer sin causa,  
Dijérase derrama en el ambiente  
Su contento y su amor... Luego, inclinando  
Sobre el pecho gentil la mústia frente,  
Distraído su rostro se contrista :  
Sin advertir porqué vuelve la vista  
La familiar escena desertando,  
Y endreza el espíritu á esos mundos  
Donde las almas simples de la tierra  
Van á buscar, como atrayentes galas,  
Los sentimientos de bondad con alas :  
Aves de amor que el corazón encierra.

Y es que su seno, como el arpa eólica  
Que el inconstante són de sus acentos  
Presta inconsciente á los diversos vientos  
Que con sus alas al pasar la hieren,  
Ora prorrumpe en gritos de aspereza,  
Ora en arrullos que de dulces mueren...

El pañuelo de seda, holgada cofia

Henchida por la mata de cabello,  
El cuerpo asegurado en negra almilla  
Y la falda flotante de merino  
Alzada por delante ¡ oh, cuántas veces,  
Cuántas veces salió como una loca  
Con el alma en los ojos y en la boca  
El grito agudo del terror, volando  
Desde el lejano cuarto en que cosía,  
Porque oyera llorar con desconsuelo  
Al muñeco de carne á quien la hermana  
En fiero arranque derribó del pelo  
Desde el alto pretil de la ventana!  
Y apenas dió la reprensión materna  
Tartamuda de enojo todavía  
¡ Cuántas veces soltó la carcajada  
Porque viera en el fondo de la pieza,  
Desnudo cual la palma de la mano  
Al chiquillo menor, que pataleaba  
En el suelo clavado de cabeza  
Ó furibundas zapatetas daba!

Joven se unió por el amor rendida  
Á aquel que supo fomentar el fuego  
Que en su sangre de criolla enardecida

Hirvió como un volcán... Sólo anhelante  
Del placer del hogar, en él vivía;  
Y la misma quietud que la rodeaba,  
Más íntimos deleites le acordaba  
Y más sabroso su querer le hacía.

En la constante admiración por su hombre  
Enseñaba á sus hijos á adorarle  
Como se adora á Dios: de Dios en nombre  
Les hizo enaltecerle y respetarle.  
Por eso hasta el palenque, cada día,  
De su vistosa prole rodeada  
Á recibir al Payador salía;  
Tan llena de ilusión y alborozada,  
Como si á su regreso y en ancada  
Trajése el buen paisano á la Alegría.

Y ante el palenque, del ombú sombreado,  
Que el fuerte muro de sus postes muestra  
Como en la tierra hondísima arraigado,  
Saludando á sus gentes con la diestra,  
Detiénese el peón...

Plácidamente

Ríe el hombre al mirar, cómo, enredado

En las patas del perro Chocoláte  
Un chico, que avanzaba á la carrera  
Del bullicioso grupo rezagado,  
Cae, y revuelto con el can culpable  
Que chilla entre contento y dolorido,  
El chiquillo gritando patalea;  
Hasta que al fin gimiente se levanta  
Y con el rostro sucio se adelanta  
Hacia el concurso que al cantor rodea.

Anastasio desciende. Todo el patio  
Se agita con bullir de gente buena;  
Y cual vaga zumbando la colmena  
En torno de la Reina, la familia  
Á su señor alcanza... Cual torrente  
Cáele encima; y éste á la cintura,  
Á la rodilla aquél, alguno al poncho,  
Asiéndose con raptos de locura,  
Le ponen la arrogante compostura  
Á fuerza de tirones y de abrazos  
En tanta desazón, tan mal parada,  
Que Manuela, por fin compadecida;  
— Vamos á ver! Sociéguese la indiada. —  
Exclama. — Que la gente está aburrida! —

Y á uno un tirón, al otro una palmada  
Entre risas y gritos, vá logrando  
Libertar al buen hombre acometido;  
Que murmura con aire enternecido  
— ¡Sacálos, china, que me están matando!

---

III

LA CANCIÓN



Á los breves instantes de ocurrida  
Esta escena de hogar, en la llanura  
Con sopor de borrasca adormecida,  
Parecía elevarse conceptuosa  
La emocionante voz que la natura  
Deja oír en la tarde magestuosa,  
Mientras extiende parda veladura  
Por la llana región.

Á la distancia  
De las yeguas los lánguidos cencerros  
Cada vez más distintos retiñían;  
Pues al galope hacia el corral volvían  
Estremeciendo el suelo con sus callos  
Y cubriendo el gritar de los peones  
Con el áspero són de sus clarines,  
Las domésticas tropas de caballos  
Sueltas al aire las flotantes crines...

Después, con perezoso movimiento,  
El celaje avanzó... Desdibujóse

El amplio panorama. En un momento  
Fueron falso crepúsculo iniciando  
Las prematuras sombras vespertinas;  
Y engañadas por éllas, poco á poco,  
Recogiéronse todas murmurando  
Sus calumniosos chismes las gallinas.

El silencio cundía... En la serena  
Quietud, ganado por el cruel bochorno  
Que la atmósfera ardiente caldeaba,  
El puestero Anastasio dirigióse,  
Como entre el vaho abrumador de un horno,  
Á correr las tres palmas que cerraban  
El corral... Los borregos todavía  
Buscaban á sus madres. Como espuma  
Sus oleadas de lana se estiraban;  
Y, con íntimo acento de gemidos,  
De las ovejas tristes se elevaban  
En sucesión los trémulos balidos.

Vuelto Anastasio al rancho, en una silla  
Sentándose al reparo del alero,  
La guitarra templó... Y en torno suyo  
Esté sobre un cajón, otro en un cuero,

Sobre la tierra alguno, la graciosa  
 Pintoresca familia se congrega  
 En guirnalda viviente y rumorosa.

Con el pequeño entre los brazos, llega  
 Luego Manuela; y de ésta en pos Maruja  
 Que su ancha silla de labor la entrega.  
 Siéntase la mujer del hombre al lado;  
 Él, por los ojos, le contempla el alma  
 Y bebe en ella inspiración... Callado  
 Acuérda la guitarra al pensamiento :  
 Luego eleva la frente, y en la calma  
 Del espacio infinito, vuela el lento  
 Y cadencioso acorde, que simula  
 El murmurar del trebol, cuando ondula  
 Entre sus hojas adormido el viento.

\*  
 \* \*

Yo no sé cantar de penas  
 Ni sé cantar de dolores;  
 Pero de alegres primores  
 Están mis bordonas llenas.  
 Cuando en las tardes serenas

Como hoy, me ahoga el placer,  
Entreténgome en mecer  
Con mis coplas mis quimeras,  
Que son dulces primaveras  
De eterno reverdecer...

Nací como las estrellas,  
Con luz rompiendo la sombra :  
Y de la Pámpa en la alfombra  
Marqué con flores mis huellas.  
Invento á veces querellas  
Como la calándria ociosa  
Que se queja lamentosa  
Tan sólo de consentida,  
Cuando se pasa la vida  
Esponjada de dichosa...

Donde quiera que pisé  
Brotó pasto de alegría ;  
Y un día tras otro día  
Triunfante me adelanté.  
Y es que contentarme sé  
Con el bien que Dios me ha dado :  
Tengo á mi china á mi lado,

Mis hijos y mis haciendas ;  
Y ¿ qué prendas, qué más prendas  
Pudiera haber codiciado ?

Yo no ambiciono palacio  
Ni habitar grandes ciudades ;  
Porque son mis propiedades  
Sobrantes para mi espacio.  
Me basta marchar despacio  
En la senda en que he nacido,  
Y ver mi hogar bendecido  
Por el que lo puede hacer,  
Y mis lágrimas verter  
En cantos de agradecido.

Son mis plácidos quehaceres  
De Dios supremas bondades,  
Que estas mismas soledades  
Me convierten en placeres.  
Alma mía, nunca esperes  
Una delicia mayor :  
Multiplíquense en redor  
Los bienes que dióme el cielo  
Y en mi hogar nunca su vuelo

Pare el ave del Dolor !

\*  
\* \*

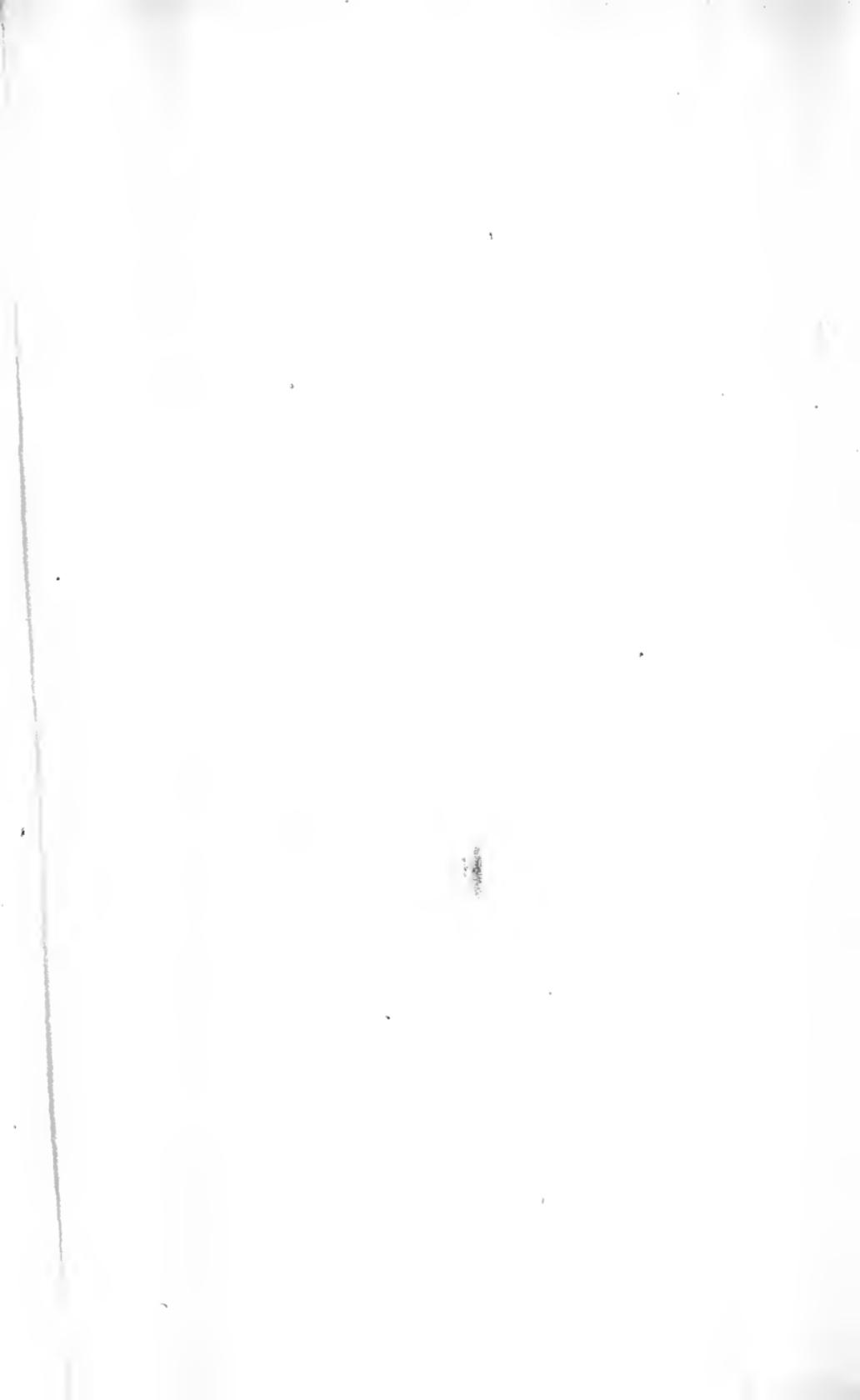
La postrimer palabra, como un soplo,  
Murió con el acorde apasionado ;  
Y en el silencio, de emoción cargado,  
Sonó un beso de amor.

Cerróse el grupo  
Del paisano en contorno; y no se vieron  
Más que brazos rosados, ó manitas,  
Que, juntos con las rubias cabecitas,  
El cuello hercúleo del cantor ciñeron.

---

IV

# LUCES Y SOMBRAS



Por el mismo contento fatigado  
Quedóse el Payador.

Callado un punto

Miró á lo lejos : en el suelo, al lado,  
La guitarra posó; dejó el asiento  
Y á su consorte dijo :

— Crece el viento

Con traidor arrastrarse de asesino;  
Prohibe que se alejen los muchachos,  
Porque el llano parece se previene  
El soplo á recibir que está en camino  
Por la remota linde. En turba herida  
Se aplasta en derredor la ternera...  
¿Vés? La gramilla humea atufarada,  
Y los teros, pegando su tendida  
Cuando los potros junto á ellos pasan,  
Vuelan á ras de suelo, despacito:  
Y hasta parece que la garza mora  
Cruzára por la altura, soñadora,  
Como sin ganas de soltar el grito. —

Y, así diciendo, examinó la puerta  
 Del hogar, que la paz de la comarca  
 Mantuvo de continuo sin cerrojo  
 En todo tiempo y ocasión abierta;  
 Y en seguida salió.

Junto al alero

Estaban en montón resplandeciente  
 Las prendas de montar. Cuida el paisano  
 Más que su pingo y su facón, su apero:  
 Y á techado lo entró.

Tomádo entonces

De las mórbidas manos de la esposa  
 El mate aromador que le brindaban,  
 Se quedó contemplando la llanura  
 De la puerta en la jamba recostado,  
 Cual si un presentimiento de amargura  
 Allí en el fondo de la Pampa obscura  
 Le tuviese el espíritu abismado.

Con esa resistencia inagotable  
 Conque los niños corren, los muchachos  
 Pasaban por su lado, vivarachos,  
 Como impulsados de una fiebre instable;  
 Y el buen campero, al devolver el mate

Vacío ya, y adelantando el cuerpo  
 Que con liviano poncho se envolvía,  
 Cual si un cordero de la pata asiera,  
 Al chiquitín que próximo pasaba  
 Sujetó del calzón por la trasera.  
 Los dedos aferrando en el fundillo  
 Le atrajo á sí: lo levantó en el aire  
 En tanto que angustioso forcejeaba  
 Entre risas y llantos el chiquillo.  
 Como la rueda loca de un volante  
 Le hizo girar; bajólo; jadeante  
 Lo contempló, temblando de contento,  
 Y hundió con cariñoso arrobamiento  
 En la ancha barba el infantil semblante.

Apenas, consolado, enmudecía  
 El mocoso gritón, cuando saliendo  
 De la muda abstracción en que cosía  
 Dió Maruja una voz.

Al escucharla

Miró el padre á su hija.

La doncella,

Del sol muriente á los vislumbres rojos,  
 Sentada y en silencio parecía

Una escultura extraña. Alegre cofia  
 El pañuelo polícromo ceñía  
 Su cabecita juvenil; los ojos  
 Negros como el carbón, como él brillaban  
 Cuando encendido está; la casta boca,  
 Que la terneza y el candor colmaban,  
 Por el asombro se entreabría...

Un brazo

Extendió al levantarse de su asiento  
 Sin saber lo que hacía la muchacha  
 Señalando las brumas del poniente;  
 Y con las tintas grises del ocaso  
 Su grácil cuerpecito se enlucía  
 Y alivianábase. Cual transparente,  
 Ingrávida y suspensa, se diría  
 Que empezaba á elevarse en el ambiente  
 Sorbida por el cielo.

En tal momento

Quien no la conociera la tomara  
 Por ficción del ardiente pensamiento  
 Ó extraña aparición.

Azul corpiño

Y un incoloro faldellín, vestían  
 Sus formas atrayentes. Recostada

Contra el rústico escaño de madera  
 Donde hasta aquel instante se la viera  
 Matar las horas de la larga tarde  
 Arrullando sus sueños con la aguja  
 En la blanda labor, quedó un momento  
 Sumida en su abstracción...

— ¿Hablas, Maruja? —

El padre preguntó, teniendo al niño  
 En pelotón de carne palpitante  
 Como viviente rosa entre los brazos.  
 Pero, al volver la vista indagadora  
 Hacia la niña, al punto comprendiendo  
 La causa de su grito repentino,  
 Nada más preguntó...

Como manada

De enormes yeguas pardas, desatada  
 En rodar de furioso torbellino,  
 Con carrera fantástica venía  
 Grande tropel de nubes por el cielo;  
 Que, fingiendo las formas más extrañas,  
 Monte tras monte en la extensión ponía  
 Y luego los tumbaba y revolvía  
 Como un derrumbamiento de montañas.  
 El sol pintaba en las canosas frentes

De los fingidos montes, esplendentes  
Coronas de rubíes y topacios;  
Y, horadando los anchos nubarrones,  
Proyectaba sus vivas explosiones  
En ráfagas de luz por los espacios.

---

v

# EL ANUNCIO



¡Cuán imponente y sobria es en el llano  
La aparición del huracán!

La tierra

El cielo, todo, en su inquietud le anuncia  
Con ese asombro del silencio austero  
Que más que el mismo retronar nos cuenta  
Las proezas luctuosas del Pampero.

Para ver prepararse la tormenta  
La familia se agrupa en el alero  
Con general curiosidad.

Locuaces

Rien los chicos, porque el viento airado  
Vendrá la Pampa á conmover. El padre  
Los tiene junto á sí; mústia, la madre,  
Se apoya con amante abatimiento  
En el hombro de aquél. Sólo Maruja  
Se queda indiferente allá en su silla,  
Y mueve lenta, sin cesar, la aguja  
Que al sol poniente en ocasiones brilla.

Entre tanto fatídicas, ansiando  
Cubrir la inmensidad, vanse elevando  
Las nubes tan espesas cual barrancas;  
Detrás de cuyos lomos se enderezan,  
Como queriendo despeñarse al suelo,  
Otras más densas cuyas frentes blancas  
Van rebosando en la amplitud del cielo...

La luz, la escasa luz, la luz muriente  
En su cárcel de sombras encerrada  
Por el hondo horizonte sofocada  
Se vá extinguiendo como un sér viviente.

Azoradas las aves agoreras  
Con sus gritos de susto por la altura  
Hacen flotar sus alas cual banderas  
Que en brazos de su racha, á la ventura  
Arrebata el turbión.

Como pedradas  
En cesga comba, con fugaz zumbido,  
Los jilgueros se alejan en bandadas  
Dejándo atrás un áspero ruído  
De cuerdas de relojes escapadas...

Á las veces, cual sombra deslizante,  
 Pasa rompiendo las espesas nubes  
 El chajá con su vuelo cimbreante ;  
 Y sobre el campo atónito su alerta  
 Deja caer en vibración valiente,  
 Que, agudo grito de ¡atención!, despierta  
 La inquietud de los brutos y la gente.

La tarde como una alma se estremece...  
 Una bullente desazón las cosas  
 Parece deja absortas y calladas.  
 Desprendidas en ráfagas de horno  
 Las ondas del calor que en torno crece,  
 Desparraman vibrante su bochorno  
 Por el sediento campo.

#### De improviso

El ventarrón mostrándose, desata  
 Su meznada de rachas aulladoras  
 Que la extensión indómita atropella...  
 Luego cruza el confin de un aletazo,  
 Parece se encabrita y se abalanza ;  
 Y, ya pesado, rudamente avanza  
 Desdoblado bombazo tras bombazo.

Entonce hasta las reses más rehacias  
Levantán la cabeza indagadora  
Dejando de pacer... Sobrecogidas  
De terror, se desbandan como ejército  
Que la derrota envuelve. Entorpecidas  
Por el pesado vaho caldeante  
Que dondequiera se levanta, á poco,  
Las madres, de las crías separadas,  
Rompen la marcha sin cesar mugiendo :  
Y las yeguas en rápidas manadas  
Ván con agrias y agudas clarinadas  
La creciente borrasca previniendo...

Ya las vizcachas arañando el polvo  
No lo alzan sobre el blanco displayado  
De sus viviendas. Lúgubres gemidos,  
Largos y huecos, asomando apenas  
La cabeza en sus túneles, exhalan ;  
Y aquellas más osadas, por lo hambrientas,  
Sus sombras silenciosas, soñolientas,  
Hacia el vecino trebolar resbalan.

Hasta esos toros que por ser tan viejos  
Del rodeo esquivaron el tumulto

Quedándose cortados á lo lejos  
En su egoista soledad medrosos,  
Parece que volviesen vacilantes  
Hacia el corral que desertaron antes.  
En lucha con los soplos se resisten.  
Vencedores, á veces, jadeantes  
Corto trecho adelantan: mas de pronto  
También cediendo al huracán violento,  
Arrebañados siguen la vacada  
Que se hunde en los campos castigada  
Por el silbante látigo del viento...

Todo rueda ante el soplo poderoso:  
La nube; el ave; el bruto que camina;  
Los secos tallos; el espeso polvo;  
Hasta el blandiente pastizal. Parece  
Como que el miedo á la región domina,  
Y el alma de los fieros elementos  
Contra sí misma y contra todo en guerra,  
Cundiente inundación se ensoberbece,  
Y en sus ondas de horror cubre la tierra  
Que con su propio espanto se estremece.

Se diría que el soplo soberano

No es lo que corre ; más que tierra y cielo  
En desafío de sin par carrera  
Van el orbe infinito transpasando ;  
Y que el crujido formidable fuera  
El de las alas conque van volando...



VI

EN EL NIDO



Y del hosco cubil del horizonte  
El polvo envuelto en truenos fué rodando;  
Y, ponderoso, ingente, rebalsando  
El cielo, el río, la campiña, el monte...

En el rancho las gentes se encerraron.  
Sobrecogidos de temor los niños  
En torno de Anastasio se agruparon  
Con miedo hasta de hacerle sus cariños.

Silbando en las rendijas de las puertas,  
Forzando las trincheras de colchones,  
Se colaban los túrbios resoplones  
Cual por ventañas francamente abiertas.

El seco ambiente convirtiósse en polvo;  
Y de polvo flotante, enardecido,  
El rancho se llenó.

Crujieron techos

Y paredes...

Las velas se apagaron  
Que el amor maternal guardó encendidas  
Y á su sombra, las almas, se quedaron  
Más que la misma pieza ensombrecidas.

Al prenderse de nuevo, á cada instante,  
Las extintas bujías cuya llama  
Oscilaba cual lengua vivoreante,  
La familia, cual aves cuyo nido  
Sacude la tormenta, se veía  
Amontonada en el revuelto lecho ;  
Y en obscuro rincón se columbraba  
Á Anastasio, que activo, aseguraba  
Con guasca cruda la armazón del techo  
Que el fiero ventarrón solevantaba.

Las cosas todas con sonar tremendo  
Sin saber cómo, ni porqué, sonaban ;  
Y, del fragor de la mansión batida  
Multiplicando el infernal estruendo,  
Los llantos de los niños aumentaban  
Como á compás del vendaval creciendo...

Amenazado hasta en lo más querido

El campero sentía el desaliento  
Morderle el alma: y á su extraño influjo  
Se creyera á su sér un sér distinto  
En cada enunciación de sus acciones,  
Como si allá en el fondo de su pecho  
Palpitasen diversos corazones.

Ya indómito y valiente desafía  
Al deshecho turbión: ya se amilana  
Y tiembla como infante; ora enloquece,  
Y el temerario un tímido parece  
Que, juguete de fiebre aturdidora,  
Se abandona á inquietud inenarrable  
Y casi al par de los chicuelos llora.

Pero, bien pronto; su valor rehecho,  
Anastasio habla fuerte: afianza el techo;  
Y creyéndolo bien asegurado,  
Se aproxima hasta el grupo horrorizado,  
Montón de miedo que revuelve el lecho.

Allí están los pedazos de su alma:  
Cuál, mudo de terror; cuál, sepultando  
El semblante en las faldas de la madre

Y con angústia sin cesar llorando ;  
Éste, abrazado con la muda hermana,  
Abre los ojos de terrores llenos ;  
Aquél, movido de indomable espanto,  
Corre á la puerta, y de la puerta al grupo  
Volviendo al punto, se deshace en llanto :  
Mientras Manuela, consolando á todos,  
Hace que hincados rezen los mayores  
Pidiendo á Dios que el vendaval se calme.  
En tanto en torno de la casa acrecen  
Los iracundos soplos silbadores  
Que cual monstruosos perros ladradores  
El flojo rancho crujidor remecen.

---

VII

# LOS RELATOS



Hay quien refiere que, en aquella noche,  
Un peón que asustado se escondía  
En el hueco de antigua vizcachera  
Vió pasar junto á sí, volando, un coche:  
Y el pobre amilanado creyó fuera  
El carro del Demonio, que corría  
En procura de gentes condenadas,  
Por la turbia extensión de las llanadas  
Que el iracundo ventarrón mordía...

Y refieren también de inmenso toro  
Que, perdido el apoyo del rodeo,  
Donde en masa las reses se amontonan  
Y opuesta el anca al formidable oreo  
Sus murallas vivientes escalonan,  
Veinte veces se afirma y se levanta;  
Y, con pechadas de violencia suma,  
Veinte veces el viento, como á pluma  
Lo trastumba y revuelve y lo desplanta.

De tal manera que después fué hallado  
 En un dobléz del cañadón metido,  
 Reventado y deshecho y embutido  
 Como un bolsón de huesos retobado.

Por si tantas crueldades no bastáran,  
 Con un nervioso aletear palpitan  
 Las ráfagas que aullantes se disparan;  
 Y, cual si ciegas de furor gritaran,  
 Más con su propia irritación se irritan.

¿Por qué aumentando el huracán violento  
 El rayo atronador se descerraja?  
 ¿Por qué iracundo pone fuego y raja  
 Al débil rancho que combate el viento?

¡Ay, del nido de amor! ¡Ay, del sagrado  
 Paraíso feliz, á un tiempo mismo  
 Encantador ejemplo y alegría  
 De la vasta planicie!...

En un momento

De la cumbre hasta el sencillo asiento  
 El hogar, con el choque conmovido,  
 Se agita y bambolea...

## Desunido

Por el poder del bárbaro elemento,  
 Se entrega á su merced: cruje; se inclina;  
 Y aplastado y torcido y desarmado,  
 Á derrumbarse con fragor empieza  
 Y á rendirse al turbión, pieza por pieza...  
 Al turbión que, implacable y soberano,  
 Revolviendo en lo alto el roto techo  
 Lo lleva, en un volido, largo trecho  
 Cual sombra negra por el negro llano.

Era el Pampero! Era el Luzbel maldito  
 De la sabana colosal. Le vieron  
 En aquella ave fúnebre encarnado,  
 Las gentes de una tropa de carretas  
 Que en el revuelto llano se perdieron.

Tal lo cantan del campo los poetas;  
 Tal lo teme el varón...

Con sus dos alas

Enormes como techos, recorría  
 Magestuoso el Pampero la llanura.  
 Eran sus ojos fuego en llamaradas  
 Que despedía chispas. Por instantes

Incendiaba los pastos crepitantes  
Que tocaban sus alas desplegadas.  
Y entonces más violento en su embestida  
Llevaba por delante por doquiera  
Galpones y viviendas y alambrados:  
Mientras gritaba, rastrallando fiero  
De su sonante carretón de acero  
Los iracundos potros desbocados.

---

VIII

LA AURORA



Una alba larga, límpida y serena  
Del nuevo día el nacimiento anuncia;  
Y otra aurora de horror, de llamas llena,  
Sobre el lejano puesto del Pocito  
La quemazón terrífica denuncia  
Que, transmitida al pasto ya reseco,  
Vá á cerrar, cual dos alas, su circuito  
Del ancho arroyo en el profundo hueco.

El talar todo es humo y todo niebla;  
Fosco manchón en torno le circunda;  
Y, porque rauda la noticia cunda,  
La luz, el campo y los espacios puebla.

Las gentes salen de la vieja Estancia  
Al alero en tropel. ¿Es que alguien grita  
La noticia fatal, ó es que en el aire  
La catástrofe bárbara palpita,  
Y se revela por doquier?

## Al punto

Los hombres corren; sus caballos montan;  
 Y, enderezando al campo empolvado  
 El ardor de los f\u00e9rvidos corceles,  
 Dejando van, sobre el gramal, tendido  
 Como un espeso tul que el aire r\u00e1e,  
 Ancho rej\u00f3n de polvo, que fundido  
 Se aplana y quiebra, y se desgrana y cae.

Mas \u00bfqu\u00e9 es lo que \u00e1 lo lejos han hallado  
 Las gentes, entre el pasto, donde apenas  
 Libres est\u00e1n del crepitante incendio  
 Sobre un negro cardal carbonizado?  
 Hablan; se agitan; dudan; se consultan;  
 Y empu\u00f1ando el rendal de los bridones  
 Con tal violencia \u00e1 un tiempo los detienen,  
 Que en el reducto de unos cortos pasos,  
 Sofrenados los firmes redomones  
 Rompen el tr\u00e9bol al clavar los vasos  
 Con \u00edmpetu brutal.

## Mas pronto en tierra

Los jinetes inquietos se amontonan;  
 Y descompuestos contemplar parecen  
 Una escena de horror, mientras los brutos



Á la gente que llama...

Con asombro

Por entre el negro y agrietado muro  
Que hendiera en dos el furibundo ráyo,  
Miran los hombres con mortal desmayo  
Montones sólo de encendido escombros.

---

IX

# LOS DOS VIEJOS



Triste la Estancia está.

Junto á su puerta,

En la quietud de la penumbra incierta

Que dá en las siestas el parral severo,

Al lloroso Anastasio le decía

Con acento patético y sincero

El anciano patrón, su compañero :

— Resignación ! La vida es sólo un día ;

No hay que apurarse por dejar el cuero ;

Cuando el rayo de Dios te ha perdonado

Después de haber á un tiempo transportado

Tus hijos y mujer á mejor vida :

Aunque te haya en la tierra abandonado

Con la vista por siempre enceguecida,

Tú debes soportar la árdua sentencia

Y seguir, como todos, arrastrando

La fatigosa cruz. Vive luchando

Valeroso hasta el fin. En Dios espera ;

Muéstrate siempre resignado y fuerte

Y así tendrás un regular balance  
Cuando te venga á descargar la Muerte.

— ¡Ah, mi señor! — Responde el dolorido  
Masticando el dolor. — Si mi querido  
Montón de cuerpecitos me quedase,  
Tal vez mis rudas penas se ablandaran  
Y no tan fieramente me mataran...  
Mas ¡ay! que las cenizas de mis hijos  
El viento furibundo de los llanos,  
El viento á quien jamás le tuve miedo,  
Como restos sin dueño me ha esparcido :  
Y hoy, ciego y débil, ni siquiera puedó  
Las pavesas buscar que él ha barrido !  
¿Porqué tan sólo me dejó la suerte ?  
¡Ay! Cuánto anhelo que mi vida acabe.  
Pero... hoy, en vano quiere entrar la Muerte  
En mi pecho de penas tan colmado  
Que en él ni el bien de su socio cabe...

Movióse lentamente, á su palabra,  
El sensible patrón : llegó hasta el ciego ;  
Con la diestra temblante palmeóle ;  
Y se volvió á sentar.

## Mirando luego

Si al enjugarse el llanto lo veían,  
 Con aparente calma respondióle :  
 — Nastasio ¿ qué has de hacer ? Cristianamente  
 Conformarte procura.

## El pobre ciego

Al escuchar sus frases tan sencillas  
 Inclínose adelante. Entre la manos  
 La frente reposó; y en las rodillas,  
 De los chamúscos del incendio llenas,  
 Apoyando los codos, largamente  
 Con la cabeza descansó las penas.

— No me quejo de Dios, repuso entonces;  
 No me quejo de Dios, que me ha evitado  
 La agonía de ver con estos ojos  
 Convertidas mis glorias en despojos.  
 Mi desgracia, señor, aun no es tan fiera  
 Cual la del tierno guacho en la pradera  
 Á quien saca los ojos el carancho  
 Porque no puede defenderse... Á obscuras  
 También me arrastro como el ruín cordero;  
 Mas si lanzo el quejido lastimero  
 Que en la vacía inmensidad se amengua,

El pico del hambriento carnicero  
 No arranca á flecos mi sangrienta lengua  
 Porque escucho, al quejarme, el cariñoso  
 Acento de su voz, patrón querido,  
 Que del carancho vil del desconsuelo  
 Me tiene noblemente protegido.  
 Si esta extrañeza del no ver no fuera  
 Lo propio que un calmante á mi tormento;  
 Si el mismo peso del dolor que siento  
 Ansias de resistirlo no me diera;  
 Yo le juro, Don Juan, que me matara;  
 Y rotas de la vida las cadenas  
 Muy de una vez á mis cebadas penas  
 Ganosas de dolerme las dejára. —

Hablaba así.

Su frase lastimera  
 Del patrón el consuelo se atraía  
 Como un aura de amor.

Dios, de la altura,  
 Contemplando la escena, bondadoso  
 Llovió resignación sobre el paciente.  
 Y después de pasarse muchos días  
 Entre inquietudes mil, y mil zozobras,

Que inspiraba Anastasio en su dolencia,  
 Restablecido de ésta, pero ciego,  
 Con dolor resolvióse en la familia  
 Enviarlo al pueblo en asistencia luego.

Y fué cual delirar febricitante  
 La silenciosa escena...

Impresionante

Era ver al magnánimo estanciero  
 Las lágrimas secarse, y la tristeza  
 Conque al puestero enfermo despedía  
 Para hacerlo asistir en el poblado  
 De aquel en sus pupilas asentado  
 Negro capuz.

Se obscureció el camino  
 Con el polvo que alzaba en la llanura  
 El carro que á Anastasio se llevaba  
 Como á un fardo viviente de amargura.

Un grupo de paisanos escoltaba  
 Hasta el linde del campo al peregrino  
 Cantor. El ala de sus ponchos agitados  
 Manchaba el llano con lucientes notas

Como suele, siguiendo los arados,  
Tachonar los rastros roturados  
El cardúmen flotante de gaviotas.

---

!

X

RESTOS



Cual pasan en el campo las jornadas  
De indiferencia y de igualdad cargadas,  
Disolviéndose el tiempo en el olvido  
Largos años corrió; y al cabo de ellos  
Anastasio aún vivía, aunque achacoso,  
Allá en el Puesto en que jugara infante  
Cuando lucía en nimbo radiante  
La diadema de sol de sus cabellos.

¡Cuánta nieve cayó sobre su frente,  
Después que á derribarla fué impotente  
El furibundo rayo pampeano;  
Y cuánta pena el corazón mordióle  
Desde el instante en que el cruel destino  
En el tormento de vivir dejóle!

En su ruda batalla, hora por hora,  
Como cuervo que vá tras res enferma  
Le siguió la desgracia roedora  
Sobre esa Pampa que, desierta ahora,

Para él ya estaba desolada y yerma.

Del dolor en el éxtasis caída,  
 Absorta como garza pescadora,  
 Soportaba su alma la opresora  
 Granizada de penas de la vida.

Y miraba al pasado rencoroso  
 Como á un tormento horrible.

Sombra vaga

El que fué forma espléndida, moría  
 Con esa melancólica agonía  
 Conque la lumbre del alcohol se apaga...

Ya aquel bizarro pialador no era  
 Que, al enlazar de codo vuelto el toro,  
 Fundaba su arrogancia y su decoro  
 En esperar que el lazo se ciñera  
 En la misma raíz de las pesuñas;  
 Y, soltando la ronca carcajada,  
 Pegaba de repente el cimbronazo  
 Que despaldado en tierra lo tendía;  
 Mientras de furia y de dolor mugía  
 Al rudo golpe el colosal torazo;

Y en el aire las patas revoleaba  
Por la ancha nube luminosa envuelto  
Del seco polvo que cayendo alzaba!

Ni aquel que en simple aspiración modesta  
Nunca aprendió á leer: mas que en la lumbre  
Reverberante de los graves astros,  
Leía el rumbo que los falsos rastros  
De la extraviada tropa trashumante,  
En el mar sin riberas de gramilla  
Hiciéranle perder por un instante.

Ni el que supo escribir á su manera  
Cuando en las viejas islas misteriosas  
Tánta noticia gráfica ofrecía  
Á la errabunda población matrera!  
Pues, tendiendo un seibo en la picada  
Les decía: — No pasen, compañeros,  
Porque anda la patrulla desatada  
Como jauría atrás de los isleros.  
Y acomodando un trapo que flotase  
En la copa de un árbol de la loma,  
Les decía á los pobres escondidos: —  
Ocúltense que la partida asoma.

Ni el que, amando la ley sin conocerla,  
Si en las maciegas del pajal remoto  
Hallaba, en sus nutriadadas fatigosas,  
Tendido bajo la alta lechigüana  
Un gajo de árbol al intento roto,  
Sin tinta ni papel, con fé más pura  
Que la que otorgan leyes y escribanos,  
En la rama veía la escritura  
Que daba antelación á sus hermanos.

Ni era aquel hombre el domador salvaje  
Que en el vértigo horrendo de la doma,  
Entre saltos, carreras y empellones,  
Dejaba le flotase el suelto traje  
Como flotan al viento los pendones  
De una nave que hiende el oleaje.

De aquella bestia humana, tan hermosa  
Que los trabajos del corral templaron,  
Quedaba sólo el mustio campesino,  
Jirón de carne, fugitiva esencia  
De un sér por las penurias abrumado ;  
Capaz apenas contra el mal destino  
De elevar la protesta silenciosa

De quien se deja andar por la existencia  
Con inconsciente estolidez de cosa...

Por la vejez agriado y por la lucha  
Su excelente carácter, conservaba  
Diluidas en hiel sus condiciones.

De crueldad rara mezcla y de blandura,  
De suspicacia amarga y de inocencia,  
Encontradas pasiones cambiantes  
Cruzaban por su espíritu, agitadas  
Cual van por cima de las patrias lomas  
Las águilas sangrientas desbandadas  
Y, por su misma timidez juntadas,  
En multitud las candidas palomas.

Era como ave de rapiña, sólo,  
El impulso bestial... Mas ¿quién alcanza  
Á contar las bondades y cariños  
Del corazón aquél, rudo á los hombres  
Y tutelar y dulce con los niños?

Por eso respetaban todavía  
Del anciano puestero los iguales

Su terneza y valor, que él repartía  
Como reparten gracia y armonía  
Inconscientes calandrias y zorzales.

---

XI

# LA VISITA



Una siesta, en la paz del seco estío,  
Se encontraba Anastasio silencioso  
Á la sombra del rancho.

Á la serena

Llanada que se extiende indefinida,  
Miraba, como mira quien la vida  
Toda mira al través de una honda pena.

Un penacho de polvo; otro, que se alza  
Á poco, más cercano, lentamente  
Le llaman la atención.

¿Es por ventura

El malón de los indios?

No; la gente

Que viene empolvenciendo la llanura  
Muy poca debe ser...

Al fin distingue

Á los raudos jinetes que, á lo lejos  
Parece galoparan sobre espejos

Al transponer la brillazón. Es uno  
 Un gaücho asistente; y es el otro  
 El robusto estanciero Bastarrica  
 Que desde el lomo del humeante potro  
 Gritando: ¡ Ave María! se adelanta  
 Ojeando la heredad.

Mudo de pena

Anastasio, al mirar al noble anciano  
 Que más que su patrón era su hermano,  
 Sin siquiera el alivio de las lágrimas,  
 Con la expresión de desalientos llena,  
 Salió á su encuentro. Le tendió la mano;  
 — Dios lo guarde, Don Juan; pase adelante —  
 Exclamó con magnífica entereza,  
 Y levantó, al decirlo, la cabeza  
 Componiendo á hurtadillas su semblante.  
 Y acercando al reparo del alero  
 Cierta banco de forma extravagante  
 Agregó con acento lastimero:  
 — Aquí tiene una silla; es pobre, pero...  
 Usted sabe patrón que su Nastasio  
 Es solo rico de dolor...

Y crea

Que también esta casa, pobre y fea,

Ayer no más me pareció un palacio.

— Más que un palacio para el hombre vale  
La casa donde hay hombre! — el estanciero  
Con tono de sentencia cariñosa  
Contestó á las palabras del puestero.

El gaücho infeliz vibró de pena  
Del patrón á la frase tan clemente ;  
Y desde el alma, de recuerdos llena,  
Su queja desbordó como una fuente  
Inagotable, límpida y serena...

— Con mis pobres gauchitos ¡ Dios los haya! —  
El desdichado en su dolor decía —  
Y Manuela, que tanto les quería,  
El rancho, en aquel tiempo nuevecito,  
Le aseguro, Don Juan, que se me hacía  
El mismo cielo del Señor Bendito!  
Por eso al verme con la vista buena  
Quise volver para habitar el puesto  
En que mis horas dulces resbalaron,  
Como ese arroyo corredor y puro  
Donde mis tiernos hijos se bañaron.

Mas ya el deseo, ¡que maldito sea!  
 De ver mi rancho y mi corral queridos  
 Transformado en dolor, poquito á poco  
 Parece que en matarme se recrea.  
 Hoy pienso que soñé.

Creo visiones

De la vejez las penas que me agitan  
 Como una maldición...

Ora imagino

Que todo igual está. Que los muchachos  
 Cual antes bullangueros, vivarachos,  
 Entre las matas del hinojo gritan;  
 Y que Manuela se adelanta, triste  
 Como una grave aparición nocturna  
 Moviendo la silueta taciturna  
 Que la amplia falda de merino viste,  
 Tal como en vida...

La ilusión á veces

Es tan completa, que á los niños reto;  
 Y hasta se me hace que les pego el grito  
 Con eso se sociegan los pelones:  
 Los que á mi voz escapan callandito  
 Á ocultarme el temor por los rincones  
 Como antes... ¡ Ay! — Enmudeció un instante;

Suspiró; se movió; sonrió y girando  
 El cuerpo hacia la quinta abandonada,  
 Siguió diciendo :

— ¡ Lo que el tiempo oculta  
 Nunca se vuelve á ver! La muerte helada  
 Aún menos que los años ríos sepulta  
 Cuánto el destino se llevó.

En otrora,  
 Donde ese agreste biznagal se envicia,  
 Cansaba, las gallinas mi Manuela  
 Rastreándolas los huevos. Hoy, alzadas  
 De los niales que la higüana asuela  
 Y del corral abandonado huídas,  
 Tal vez las ha dejado alborotadas  
 Al pasar su alazán por las quebradas  
 Donde andan, hace tiempo, guarecidas.  
 Ya no vuelven toditas cacareando  
 Á buscar desperdicio de maíces,  
 Como tranquilas se acercaban cuando  
 Junto al brocal mi pálida negrita  
 Se pasaba las horas machacando  
 El grano tierno para hacer humita.  
 ¿No las ha visto usted? Como perdices  
 Sobresaltadas vuelan y se esconden;

Y al agudo cencerro no responden  
De entre los sauces y los viejos talas,  
Viniéndose cual antes contrahechas  
Al correr enredándose en las alas. —

Y entre tantas tristezas, como sale  
Vívido el sol á veces entre nubes  
Que encapotan el cielo, una memoria  
De la antigua grandeza apunta al labio  
Y pone en él como un sabor de gloria.

— ¿Se acuerda, mi patrón, cuando á ocasiones  
Hasta la Estancia grande me llamaba,  
Y, decime, Garay, me preguntaba,  
Aumentan los borregos del Pocito?  
Cuando yo, silencioso, le tendía  
La tarja aquella de señales llena  
En donde un corte nuevo no cabría,  
Hasta el fondo del alma se me entraba  
Tan de una vez tan linda la alegría  
Que, al Dios del cielo de testigo tomo,  
Al decir que mi suerte no cambiaba  
Por la del más ricacho mayordomo!  
Hoy ya no sirvo para nada, y nada

Puede aplacar la pena de que muero :  
 Como res de epidemia abandonada  
 Ya no hay, patrón, ni que guardar mi cuero.

¡Quién iba á suponer, al ver la dicha  
 Iluminando á plena luz mi frente,  
 Que fuese á hincarme el afilado diente  
 Con tanto ensañamiento la desdicha !

— Dejé recuerdos del sufrir, Nastasio,  
 Le respondió el patrón y canta un triste  
 Que hace tiempo no te oigo...

Iba el puestero

El pedido á colmar del estanciero,  
 Cuando éste le contuvo por el brazo,  
 Diciendo :

— Te envejeces cada día

Porque no quieres consolarte.

Es tiempo

Que ya el dolor de tu dolor se aplaque  
 Y entibie á tu alma el sol de la alegría.

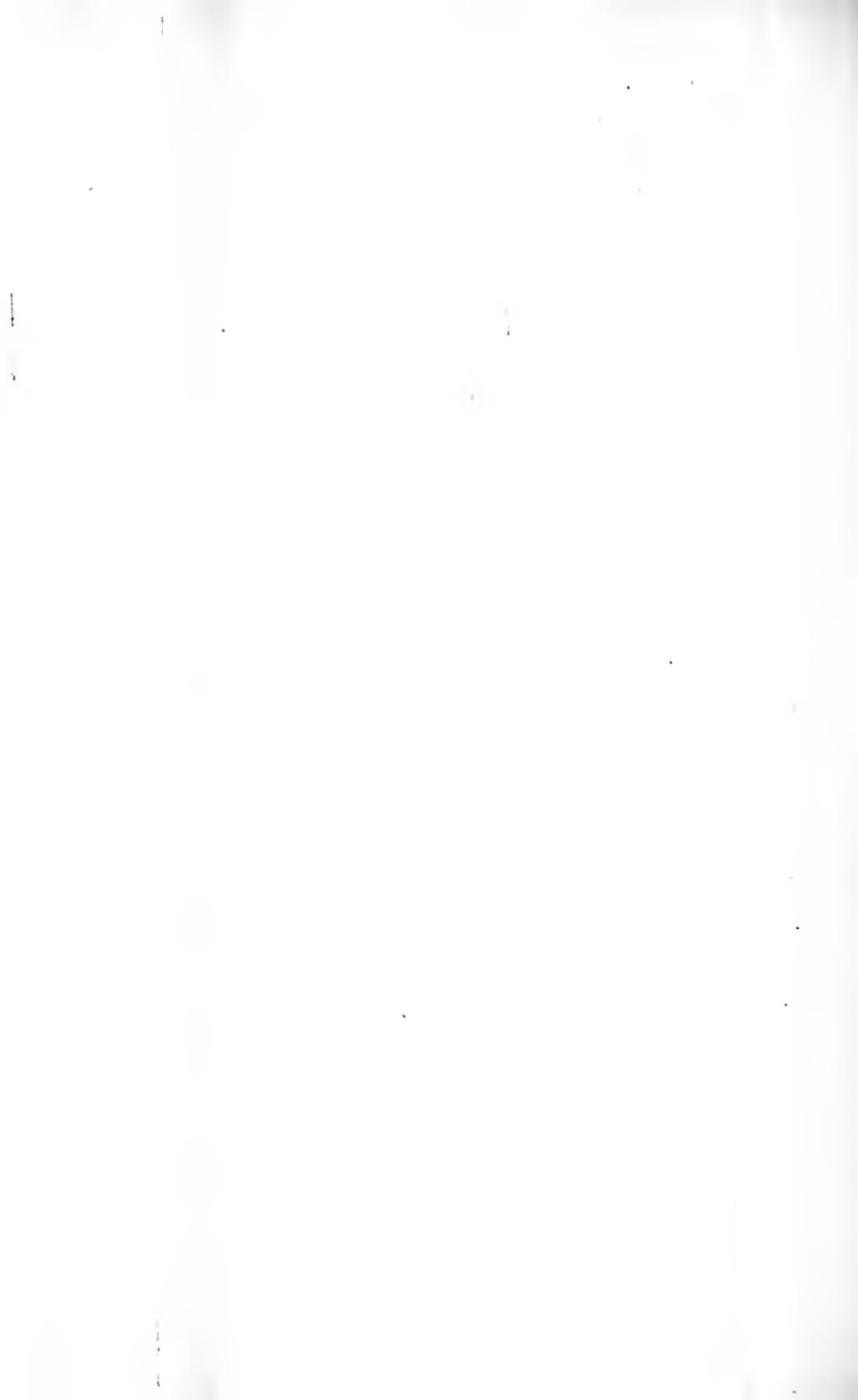
— Mire patrón, el Payador repuso,  
 Más bien que mezquinarle á mi tristeza

Mis horas de vivir, preferiría  
Verme de nuevo en el horrible instante  
En que todo mi hogar se hizo pavesa...  
Como el carao, que aprendió en la cuna  
A lamentar su eterno desaliento,  
Deje vayan mis quejas, una á una,  
Poniendo de mis horas sin fortuna  
La angústia amarga sobre el vago viento...

---

XII

# ANHELO



Tal lloraba sus penas el anciano...  
Y el sensible patrón, puesta la mano  
En la frente blanquísima, á hurtadillas  
Enjugábase el llanto, que corriendo  
Por la agrietada piel de las mejillas  
Se iba en su barba de Moisés perdiendo...

Entre tanto, á sus quejas, Anastasio  
Desahogándose el alma daba vuelo;  
Y con los ojos sin visión seguía  
Como clavados en el limpio espacio;  
En donde, sorda del humano al duelo,  
La indiferente claridad reía  
Ostentando la bárbara alegría  
Conque escarnece al desdichado el cielo.

Bregador cuyo cuerpo fatigado  
El cansancio y los años derruían,  
Por la faz, como arada, le subían  
Del recóndito seno acongojado,

Arrebatos de sangre emponzoñada  
Por el largo penar. Tan honda saña  
El alma lentamente le partía ;  
Y esta lucha interior, á cada instante  
En nublado fatídico tendía  
Sombrajes de martirio en su semblante.

Si en su vida de indómito campero  
Nunca, hasta entonces, le rindió el quebranto,  
Fué porque aunó en su espíritu altanero  
Del trovador y el hosco montonero  
Las iras prontas con el fácil llanto.

La suelta barba sobre el débil pecho  
En espumas de plata se volcaba ;  
Y el espeso bigote sombreaba  
La boca aquella que, al verter su angústia,  
Las humanas miserias sublimaba.

Un suelto chiripá, ya muy raído ;  
Flotante chaquetilla que fué negra ;  
Botas de potro que los rudos dedos  
Acostumbrados á estribar mostraban ;  
Y un sombrero aliancho y desteñido,

Con el pañuelo que ajustaba el cuello,  
 La antigua vestimenta completaban  
 De mejor tiempo y de otra edad destello.

Los ojos pardos : apagados ojos  
 Vueltos á la visión tardíamente,  
 Dijérase que estaban columbrando  
 Á la Muerte por él tan esperada,  
 Que pasaba á lo lejos, desdeñando  
 Tan luego al triste que la vá llamando  
 Como á una redentora codiciada.

¡Ah! Si podido, el miserable, hubiera  
 Contrariar el dictado del Destino  
 Y atraer á la sorda segadora  
 Del eterno descanso mensajera!  
 ¡Ah! ¡Si salirle al medio del camino  
 Del camino larguísimo pudiera!

La pena, más que el tiempo, con sus uñas  
 Le agrietaba la faz.

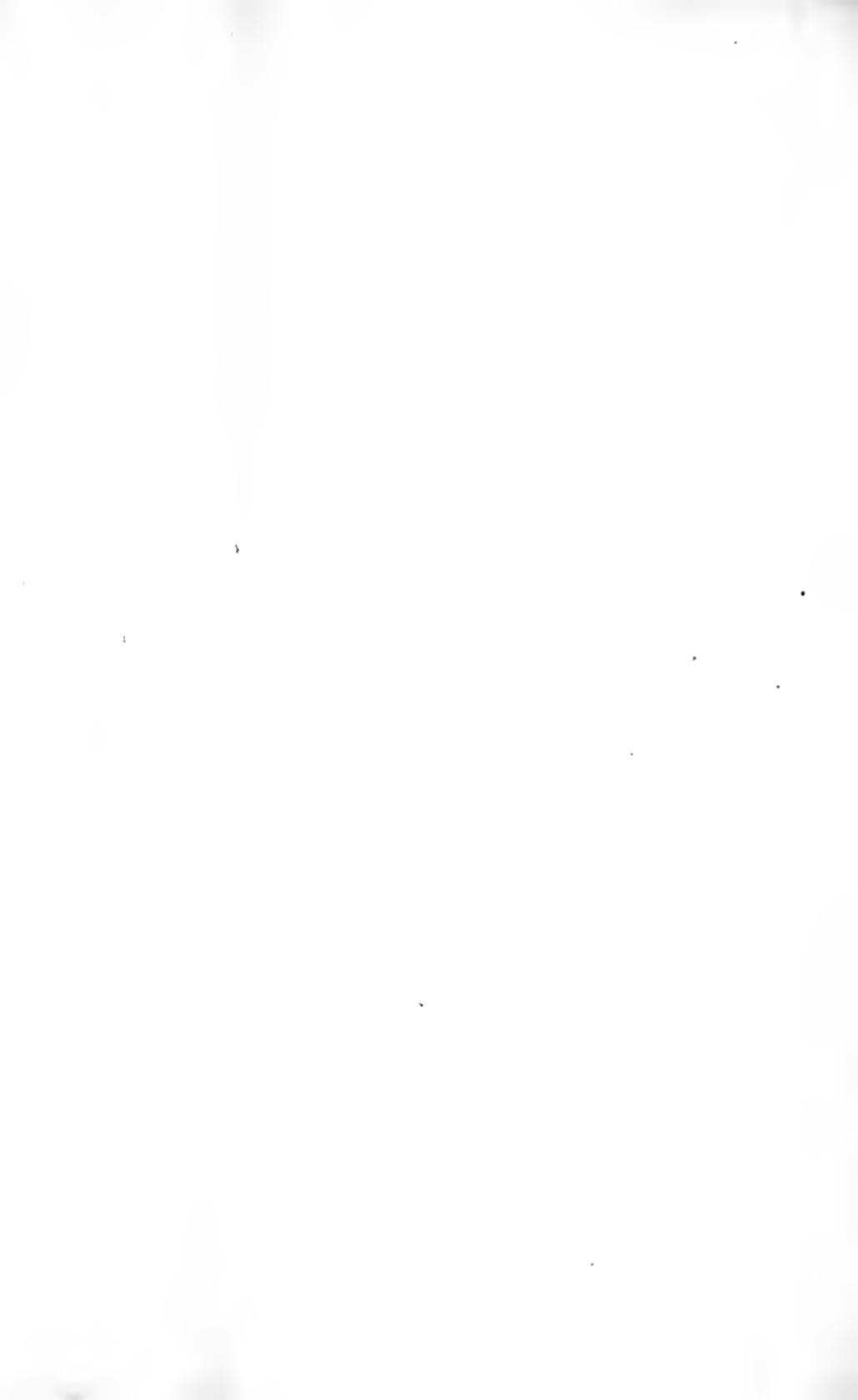
Los gruesos labios  
 Pendían ya sin jugo; y la osamenta  
 Que, como á flor de piel aparecía

Se dijera se estaba desprendiendo  
De la humana y gastada vestimenta  
Que aquel carguero de dolor cubría.

---

XIII

LA ORACION



Es á veces el hombre como el ave  
Que, tomada de adulta prisionera,  
Desahogarse con cantar no sabe.

Si de la carcel de oro en que agoniza  
Escucha algún reclamo en la pradera,  
Se explica la inquietud que la consume;  
Mide su esclavitud, cantar ensaya;  
Y á medida que su ansia se precisa,  
Más su incurable desazón se atiza  
Y más su cruel agitación se explaya.

Por eso el viejo, como aquel que eleva  
En holocausto á Dios su desventura,  
La profunda mirada llevó al cielo  
Poniendo su dolor, todo, en la altura;  
Después cediendo al habitual pedido  
Del patrón condoliente, con desmayo  
Trémulo alzó del polvoroso suelo  
La guitarra á su alcance abandonada;

Y la ORACIÓN intensa y desolada  
Como un desgarramiento batió el vuelo :

\*  
\* \* \*

Quisiera poder morir,  
Porque es inmensa mi pena :  
Porque tengo el alma llena  
Del cansancio de vivir.  
Ya más no puedo sufrir  
Y el ansia devoradora  
Se me aumenta á cada hora  
Con cuanto palpo y advierto  
En este rancho desierto  
Que pobló mi dicha otrora.

Cuando de intenso placer  
Mi corazón palpitaba,  
Y mi vida duplicaba  
Con su vida mi mujer ;  
Cuando veía correr,  
Llenos de inocente anhelo,  
Á mis hijos, como en vuelo  
De bullidora alegría,

El alma se me vestía  
Todita color de cielo.

Dios que miras de la altura  
Y que dichoso me hiciste,  
¿Por qué me dejaste triste,  
Sólo, en tan honda amargura?  
Llevaras con mi ventura  
La vida que me has dejado,  
Y no me viera obligado  
Como el cordero sencillo,  
Á estar lamiendo el cuchillo  
Que á su madre ha degollado.

Yo no me debo quejar  
De tus santas decisiones :  
Pero dame lagrimones  
Siquiera conque llorar.  
Ó acábame de matar  
Y no me tengas rendido,  
Destrozado, envilecido,  
Muerto y remuerto en el alma,  
Y sin obtener la calma  
Que el difunto ha conseguido.

Cuentan que oyes la plegaria  
De quien te sabe implorar...  
Muy mal debo de rezar  
Ó ha de ser más que nefaria  
Mi culpa, pues necesaria  
Para llegar á tu oído  
La voz del dolor me ha sido :  
Y los ayes del tormento  
Aún no alcanzan con su acento  
Á conseguir lo que pido.

¿Por qué, mi pena sentida,  
¡Resignación! no conllevas?  
¿Por qué ¡Memoria!, te cebas  
En amargarme la vida?  
Donde está su luz querida  
De una vez vaya el paisano...  
Que, al cabo, no es tan temprano  
Para que abandone el suelo  
El que hundido en sombra y duelo  
Un siglo quejóse. en vano...

Cuando envuelto en noche oscura  
En el Hospital cantaba,

Sentía que se calmaba  
Con ello mi desventura;  
Mas hoy su maldad apura  
Mi enconado sufrimiento,  
Y hecha piedra el alma siento  
Que no se quiere arrancar,  
Pretendiendo eternizar  
En la tierra mi tormento.

Quisiera morir cantando  
Como murió Santos Vega :  
Y que me fuese llorando  
La noche que al pasto riega  
Con su relentito blando...  
Mas por aumentar mi duelo  
Acaso iracundo el cielo  
Me destine ¡oh, vil quebranto!  
Á engordar de un campo santo  
De pueblo el odiado suelo.

Cómo no temo al resol  
Entiérrenme en las barrancas  
Donde dá de lleno el sol:  
¡Que lo vea en su arbol

Sonrosar las puntas blancas!  
Ponganme de cara al viento,  
Al resecaute y violento  
Pamperazo tan querido,  
Para que mi último aliento  
Lleve al campo en que he nacido.

Que sobre estos verdes prados  
Y en los soplos de las brisas  
Vuelan las tibias cenizas  
De mis seres adorados;  
Y por ellas abonados  
Los trebolares floridos  
Palpitan con los latidos  
Del corazón de este pecho,  
Y me aguardan como un lecho  
Lleno de ensueños perdidos.

Cuando en las tardes como ésta  
Oiga, patrón, el lamento  
De las ovejas, que el viento  
Se lleva de cuesta en cuesta,  
Piense que yo ando de fiesta  
Cobrando los descariños

De la ausencia de mis niños  
Y de mi mujer perdida :  
Y que recobré la vida  
Al recobrar sus cariños.

Y cuando vea pasar  
En la aurora, esos celajes  
Que simulan oleajes  
De algún misterioso mar,  
Diga que debo de andar  
En sus tules cobijado,  
Acariciando el ganado,  
Revolcándome en el suelo,  
Y respirando el consuelo  
De ver mi campo adorado.

Al brillar del claro día  
Nunca, patrón, ha de ver  
Á mi espíritu correr  
En busca de la alegría.  
Profunda melancolía  
Amarró con sus cadenas  
Á mi sér todas las penas  
Que en el mundo nos acosan :

Busquen la luz los que gozan ;  
Yo busco las sombras plenas.

Cuando el húmedo aire lleve  
Al bañado misterioso  
El relente luminoso  
Que sobre el pasto remueve,  
Diga que mi alma se embebe  
En la inmensidad callada,  
Y pasa, como extasiada  
Pasa el ave nocturnal,  
Despertando en el mortal  
Como una inquietud sagrada.

Y deje ¡por Dios le pido!  
Que paste sobre mi losa  
La majada cariñosa  
Que mi pena ha compartido.  
Y cuando se halle tendido  
Sobre el verde gramillal  
Su blanco y moviente chal,  
Diga usted, patrón, despacio :  
El pobre viejo Nastasio  
No la cuidaba tan mal.

Y tú ¡Dios! á quien mis llantos  
 No alcanzan á conmover:  
 Tú, que puedes atender  
 Y satisfacer á tantos,  
 Haz que cesen mis quebrantos.  
 Mas si tu bondad desea  
 Que consagrado me vea  
 Á sufrir eterno duelo,  
 Cúmplase y bendita sea  
 En la tierra y en el cielo.

\*  
 \* \*

Cual las gramillas con la flor morada  
 Y las festucas, de consuno brotan  
 Donde la parva estuvo, en la ranchada  
 Habitaban también otros dos seres  
 Con el mústio cantor: el torpe Fruto,  
 Gran montaraz valiente, que tenía  
 Una alma de ángel en la piel de un bruto,  
 Y el muchacho Basilio.

Ambos, oyendo

Del callado sopor de la cocina  
 Las coplas del anciano, lentamente

Al alero del rancho se acogieron ;  
Y juntos, y en la tapia recostados,  
Después de saludar muy respetuosos  
Al callado patrón, atentamente  
Quedáronse escuchando emocionados  
Del Payador la cántiga doliente,  
Que llenaba de un eco de sollozos  
La entristecida calma del ambiente.

---

XIV

FRUTO



Para el ingénuo Fruto era Anastasio  
Hombre de más allá: sér misterioso;  
Y á pesar que al fulgor de la pajuela  
Su largo cuerpo descansar veía  
Sobre el catre infeliz, más de una noche  
En que extraña inquietud le tuvo en vela,  
Creyó ver que Anastasio transmigraba  
En cierta débil luz fosforescente  
Que allá, junto al camino, intermitente  
Como azufrado cirio flameaba.

Ó en la ansia nocturnal, cuando el Pampero  
Bate á ponchazos la extensión turbada  
Por su tropel desordenado y fiero,  
Carona por el viento arrebatada  
Que, tropezando por los pastos cruza,  
Imaginó que el Payador Nastasio  
Recorría con alas de lechuza  
La obscura inmensidad...

Y si callados,

En la enramada rústica, sentados  
Sobre cráneos de vaca los dos viejos,  
Cual si fueran recuerdos que pasaran  
Por sus memorias, deslizar veían  
Las desteñidas nubes que á lo lejos  
Del horizonte en el confín se hundían,  
Convertía el buen Fruto de repente  
Sus ojos al cantor; y al verlo quieto  
En igual actitud, siempre á su lado,  
Cual si de él le dijeran un secreto  
Que inspirára pavor, muy largamente  
Se quedaba observándole aterrado.

Y era que de la tarde el són doliente  
Lo confundía Fruto con el canto  
Del Payador empero silencioso.  
Y este misterio le inquietaba tanto  
Que, hasta en sueños, turbábale el sentido  
Alterando la calma de la siesta  
Con la incesante sucesión molesta  
De un eco entre montañas repetido.

¡Influencia del dolor que nos atraes;  
Influencia del dolor que nos alejas:

Contagio del sufrir que el alma raes  
 Con la ventisca amarga de tus quejas !  
 ¿ Por qué la hiel de tu nubloso encanto  
 Turba de Fruto el vegetar sereno ?  
 ¿ Por qué si estaba escento de quebranto,  
 Se ha de angustiar con el ajeno llanto  
 Su corazón á la dolencia ajeno ?

Santa comunidad del sufrimiento,  
 Templas al fuerte, angústias al mezquino...  
 ¡ Nunca logre barrerte en mi camino  
 Del egoismo ignominioso el viento !

Desconociendo Fruto la grandeza  
 Del infeliz campero, que agotaba  
 Un tan largo sufrir, con entereza,  
 Sin cesar de su lado se alejaba.  
 Y si en otrora se le vió clemente  
 Dando consuelo al mísero anciano,  
 Con él manifestóse de repente  
 Blando y duro à la vez.

Pues hay momentos  
 En que aquel que con llanto nos repele  
 Con llanto á su dolor nos encadena :

Que, más que el goce, encariñarnos suele  
La ebriedad excitante de la pena.

El compañero, compasivo otrora,  
Se acostumbró á reir del infortunio  
Del mísero Anastasio.

Su amargura

Le arrancaba sangrientos dicharachos;  
Y, como hacen traviosos los muchachos  
Con el amado perro, lo hostigaba  
Hasta el momento en que el paisano erguía  
La altiva frente de expresión serena:  
En frase, entonces, de dulzura llena  
El buen Fruto sus chanzas convertía.

Nunca quiso vivir en otro Puesto  
Su vida de agregado:

— Es el viudo

Difícil relación — decir solía; —  
Pero me atrae... no sé... me causa gracia  
Ver al hombre luchar con la desgracia,  
Como lucha la fiera comadreja  
Á quién el perro con furor sacude  
Sin poder arrancarla de su oreja.

De la tierra en la cruel filosofía  
Todo tiene un porqué; todo se enlaza  
Y concurré á algún fin: la débil hoja  
Que nos siembra el camino en que pasamos  
Como con un augurio de congoja;  
La inmensa mole, que, encumbrada un día  
Sobre el picacho que horadaba el cielo  
Del nómade era asombro y era guía,  
Y que hoy derruida, abonador derrumbe,  
La erial ladera de fermentos dota:  
Lo que cáe; lo que se alza; lo que flota;  
Lo que se arraiga, y lo que en torno impide  
Al viajero avanzar ó al pensamiento —  
Á éste en los campos de la mente ignota  
Y á aquél en tierra, ó en la mar, ó el viento —  
¡Todo á tu augusta lógica coincide  
Oh, gran regulador, oh, Dios, obscuro  
Á la razón, mas claro al sentimiento;  
Que á los orbes sin fin prestas asiento,  
Y ante el orgullo humano alzas el muro  
Infranqueable y fatal del escarmiento!

De Fruto la maldad, también servía  
Al cabo de consuelo... Largas horas,

Con la burla constante, de su pena  
Aliviaba al cantor el agregado :  
Tal distrae al reclamo que enjaulado  
Canta llorando su cruel condena,  
El ver la mano que apercibe y mueve  
Junto á su jaula, el maldecido cebo  
Que hará víctima incauta del hermano  
Preso en las redes de la trampa aleve  
Donde él cayera en tiempo no lejano.

---

xv

# LA BLASFÉMIA



Así que el estanciero Bastarrica  
Con su asistente, el rancho hubo dejado,  
Anastasio, Basilio y el buen Fruto,  
Sentados en la rústica enramada  
Quedaron pensativos.

Abrumado

Con la grave emoción que la llanada  
Pone en el alma criolla, el estanciero —  
Que enfilaba el caballo hacia los montes  
Los cuales á lo lejos le mostraban  
El amor y el hogar que le esperaban —  
Al volver lentamente la cabeza  
Apoyada la mano en la montura,  
Á los tres hombres tristes percibía  
Que el crepúsculo pálido envolvía  
En cerrazón de transparencia oscura.

Á los breves momentos de camino  
El gentil estanciero, emocionado

Mandó se adelantara al campesino,  
Que al trote del caballo y retrasado  
Como su misma sombra le escoltaba.

No era la sociedad lo que dañaba  
Los pensamientos del patrón. Venía  
El peón campurriano muy callado;  
Pero de Bastarrica impresionado  
Todo en gran malestar se convertía.

Anhelaba encontrarse frente á frente  
Con sus amargos pensamientos sólo  
En momento tan íntimo.

Y al paso  
Del caballo, que tardo á la querencia  
Con pesarosa lentitud marchaba,  
En las dormidas brumas se esfumaba  
En coloquio con Dios y su conciencia.

La tarde descendía.

Era el momento  
Que hace ondular, en las campiñas solas  
Al alto pasto el refrescado viento,

Con ese perezoso movimiento  
Conque el aura del mar barre las olas.

Y por que fuese la visión completa  
Del misterioso mar imaginado,  
Como esquife en las ondas extraviado  
Deslizábase en blando balanceo,  
El dorso por las nieblas ensanchado,  
Alguna lenta y achacosa vaca  
Que, venciendo con pena su indolencia,  
Ganaba tardamente la querencia  
Envuelta en tules por la bruma opaca.

Hora de comunión de sentimientos  
En que, hasta el alma á la piedad rehacia,  
Escucha en el mutismo de la selva  
Ó en el llano sin voces, los lamentos  
Que arranca á cuanto vive la desgracia  
Con su escozor de humanos sufrimientos.

El poder de tal ansia compasiva  
Le penetró en el pecho al estanciero  
Que, herido del horror de lo futuro,  
Sintió una sed de llanto intensa y viva:

Cierta ansiedad de eliminar el duelo  
Que germinaba en el maldito suelo  
Como áspera simiente vengativa...

Sintió deseos de volcar su alma  
En la asociante urna del espacio,  
Y de trocar su deleitosa calma  
Por la tortura inicua de Anastasio...

Un odio á la injusticia de la tierra  
Le sublevó el espíritu.

Improviso

Sacrilego hasta el cielo en són de guerra  
Los ojos levantó.

— ¿Por qué inclemente  
¡Oh, Dios! inicuo Dios... — clamó iracundo —  
Pones á cada instante tan patente  
El azar conque riges este mundo? —

Mas de pronto, el blasfemo, cual sumiso  
Bajó la vista, abandonó la frase  
Y la frente humilló...

Sintióse opreso;

Su valor en espanto se deshizo  
Y el espanto á sus labios trajo el rezo.  
Lo que se vió en silencio rodeado  
Por el profundo cielo constelado  
Pensativo, abstraído, reverente  
Cual si estuviera orando embelesado  
En la solemne calma del ambiente.

Y la noche vertía generosa  
Su molicie calmante sobre el llano;  
Cual si dentro de la urna esplendorosa  
También batiera un corazón humano.

Y con aquella lenidad sagrada  
Que cayó, de la lumbre de los astros  
En la fuente del alma apaciguada  
Del viejo militar, como un relente,  
Borráronse de pronto hasta los rastros  
De la blasfema rebelión pasada  
Que levantó sacrílega su frente.

Con el sordo moverse de una sombra  
Le llevaba en silencio su montura  
Sobre la espesa aljofarada alfombra,

Que rayaban, volando á la ventura,  
Luciérnagas de plata chispeantes,  
Cual si volcasen por la Pampa obscura  
Las estrellas su polen de brillantes.

Al cabo, sólo, se encontró consigo  
Apoyado en la cruz de su caballo  
En medio de la Pampa misteriosa:  
En tanto que, penumbra luminosa,  
Allá por el naciente aparecía  
El alegre esplendor del nuevo día  
Vertiendo polvos de marfil y rosa...

---

XVI

# LA SOMBRA



Se corrían los años...

Y los años

Emparedado en su dolor, pasaba  
Anastasio en tediosa soñolencia  
La igualdad de su mísera existencia.

Sombra del buen trabajador que un día  
Fatigó á los más fuertes y hacendosos,  
En indolente vegetar vivía...

Toda al buen Fruto la labor dejaba :  
La atención del ganado; su cuereo;  
El poner el asado diariamente;  
Y el sembrar el maiz de mazamorra  
Que doraba el verjel.

De tarde en tarde

Despertando al quehacer, miraba al campo  
Con distracción atenta; y si veía  
Que, en la reciente y baladora cría  
De las ovejas, el voraz carancho  
Algunas presas de valor hacía,

Ensilaba el corcel, y bajo el denso  
Bochorno del ambiente silencioso,  
Se hundía en el sopor del llano inmenso.

¡Mundo abierto doquier!

Tumba infinita

Para enterrar su desazón buscaba ;  
Y sin pensar que al campo le llevaba  
La grave obligación, días y noches  
Como un fantasma, en su inconsciencia erraba  
Á merced del caballo.

Era de verse

Cómo, entonces, lucía sobre el cielo  
Su adusta aparición!

Primero un punto

Que con el sol pristino radiaba :  
Luego un jinete de oro que surcaba  
Con su dorado potro reluciente  
La humeante brillazón, en la ágría siesta  
Empapada de luz, nube en la tarde  
Que en la extensión grisásea se esfumaba,  
Y entre la calma de la noche oscura  
Dormida aparición que, lentamente  
Se movía sin tino...

## Allá en la altura

Cual jirones de niebla se cernían  
Las aves de la sombra encima de ella :  
Y, sin dejar en las tinieblas huella,  
En bandadas atónitas huían.

Tan sólo los valientes terutereros  
Con sus alas de garfio, amenazando  
La enfebrecida frente del gaücho,  
Cual latigazos la extensión cortaban,  
Voces de enojo al asaltarle dando...

Y como trapos grises en rasgones,  
Los cuellos desgonzados retorciendo  
Porque hacia atrás medrosos le miraban,  
Los mudos y sombríos lechuzones  
Sus ojazos de vidrio revolviendo  
En las muertas tinieblas resbalaban :  
Mientras que allá á lo lejos, en la angústia  
Conque duerme el bañado en sus misterios,  
Al sentir las bandurrias que pasaban  
Pues de la adusta aparición huían  
Como almas del silencio entre las sombras,  
Ganándose en las pajas prorrumpían

Los caraos en gritos lastimeros,  
Que los ecos prolíficos volvían  
Lentos, continuos, agrios y severos...

---

XVII

EL AVISO DE BASILIO



Frente á la Estancia que el albor pristino  
Con sus rosados resplandores dora,  
Más veloz que la luz de la alborada  
Que trueca las campiñas en espejos,  
Un día apareció de madrugada  
Basilio, el largador de la majada,  
Dando á su potro riendas á lo lejos.

Era Basilio un niño caviloso  
De faz de cobre y elevado pecho  
Mirar de liebre y proceder de oso.  
De dientes blancos, que jamás mostraba  
Porque, aunque chusco, no reía nunca;  
De cabello embardado, que peinaba  
Con la aguzada punta del cuchillo;  
Y que al andar, pesado, se enredaba  
En el ancho y cribado calzoncillo  
Lleno de abrojos y de duro fango:  
Lo que el desgarbo peculiar le daba  
Que dan sus patas tuertas al chimango.

El chico que á Anastasio, en el rodeo,  
La existencia salvó, dando en el toro  
Que iba á alzar en sus astas al paisano,  
Con el pretal de su caballo moro  
Péchada de tan loca arremetida  
Que, de resultas de encontrón tan fuerte,  
Al compañero le sacó con vida  
Y á toro y potro les causó la muerte.

El guacho, en fin, que en el gramal nacido  
Como nace en los prados el cordero,  
Ni lloró de sus padres el olvido  
Ni tuvo, por la vida entorpecido,  
Más ambición que tachonar el cuero  
De su lujoso tirador pampeano  
Con más monedas, que en el cielo estrellas  
Mira quien cruza por la noche el llano.

Apeóse el muchacho en la enramada  
Y cuanto vió al patrón le fué diciendo  
Con voz más de temor que acongojada:  
— Venga pronto, Señor, que Don Nastasio  
De juro que esta vez se está muriendo.

---

XVIII

LA MUERTE



Montó á caballo el noble campesino;  
Y como viva ráfaga de viento  
Fué levantando el polvo del camino.  
Y dejando á su espalda la distancia  
Llega, penetra en lo interior del rancho,  
Donde Anastasio el Payador, veía  
Duplicarse sus males con el ansia  
De la cruel lentitud de su agonía.

— ¿ Tienes algo, Anastasio ? — aquel sensible  
Y puro corazón, le preguntaba  
Al campero infeliz. — ¿ Qué ha sucedido ?  
¿ Has recibido un golpe ? ¿ Cómo ha sido ?  
¿ Por qué de tu dolor no has avisado  
En el primer momento ?

Le miraba

El muriente cantor con esos ojos  
Conque siempre la mano le besaba  
Al escuchar su voz agradecido.

Y en tanto que de lo íntimo del pecho  
 La náusea de la muerte le subía,  
 El paisano muriente respondía:  
 — Molestarlo, patrón, ¿con qué provecho?  
 ¿No vé? Si al cabo me llegó la hora  
 De ir á ver á mis hijos y á la vieja:  
 Que á mi alma fieramente sufridora  
 Libra al fin Dios de su dolencia añeja!

Resignación sublime á los dictados  
 De la alta voluntad!

Como un profeta,  
 Con los albos cabellos desgredados,  
 Y la nevada barba sobre el pecho,  
 Trémulo de fatiga, el peón erguía  
 Iluminada la serena frente  
 Cual llevando á lo lejos la mirada  
 De complacencia y de quietud cargada,  
 Al apartar cansado el pensamiento  
 De la lucha diaria.

La partida  
 Pagaba con su dicha de un momento  
 Las eternas penurias de la vida.

Moría el Payador, cual misteriosa  
Muere la lumbre de los fuegos fátuos  
Que él tomó por las almas de sus muertos;  
Para los cuales, aunque ciego, tuvo  
Los ojos, siempre, del recuerdo abiertos.

Ni la más leve agitación. Ni una  
Convulsión penetrante de agonía  
El largo cuerpo sacudió.

Un instante

Fijos los ojos en el techo obscuro  
Pareció que hondamente agradecía  
La bondad del Señor...

Después, ya muerto,

Se quedó cual soñando en lo futuro,  
Y se asentó la paz en su semblante  
Como celeste bendición.

Entonces

Se dijera que el cuerpo respiraba  
Otra vida más dulce:

El gran silencio

Daba á la escena sencillez sublime.

Ora en el patio hablaban los peones ;  
 Ora en la yerta estancia penetraban ;  
 Y con ellos, en tales ocasiones,  
 Como aves, todo el ambito inundaban  
 Parpadeos de sol.

El sol cundía  
 En ondas de oro derretido.

Augusta

Y solemne visión.

El áureo ambiente  
 Se espesó; se fundió; capilla ardiente  
 Formó del triste rancho que lucía  
 Cual de una iglesia iluminada el coró.  
 Á su gran resplandor y de improviso  
 Se engrandeció el cadáver; los hachoches  
 Se diría que en torno fulguraban  
 Y que gemía el órgano sonoro  
 Conocido de Dios; santuosa grana  
 Al poncho reemplazó; y en un momento  
 El más brillante ritual magnífico,  
 Simuló el esplendor de la mañana  
 Derramando su pompa soberana  
 En el desnudo y mísero aposento.

Era que con la luz de la pradera  
 Entraba de la turba de las aves  
 Aflautada la cháchara parlera,  
 Cual si quisieran dar la despedida  
 Acompañándole á dejar la vida  
 Al pampeano cantor.

Los hombres, graves,  
 Callaban en redor del fallecido  
 Recostados un punto en las paredes  
 Cual manchas de la luz.

Al frente de ellos  
 En insensible postración caído,  
 Silencioso el buen Fruto, abotagado,  
 Más torpe y achacoso por la pena  
 Que lo era de habitual, quedó clavado  
 Junto al catre del muerto.

Atentamente  
 Como sin comprender aquel misterio  
 Lo contemplaba. Le encontró la siesta  
 Fijo allí, caviloso y pensativo  
 En la misma actitud : como hecho piedra  
 Para siempre jamás. Acompañaba  
 Al hombre que temió, que amó. Mas tarde

Cuando el sol en el llano se enterraba  
Tiñendo toda en sangre la laguna,  
El corpachón sobre el bagual torcido  
Anduvo Fruto un día y otros varios  
Vagando por los campos solitarios  
Cual si algo hubiese por allí perdido.

Y Basilio, más que antes silencioso,  
Por ocultar á su señor la cara  
Enternecida, al cabo le mostrara  
Un semblante á la vez hosco y lloroso,  
Si también cierto velo vaporoso  
Del buen patrón los ojos no empañara.

Y cuando muda se inclinó la noche  
No gritó la lechuza á la distancia,  
Ni la luz mala su radiante broche  
En torno paseó. Que junto al catre  
Del fallecido, el noble Bastarrica,  
Rodeado de las gentes de la Estancia —  
Esos rudos y férvidos varones  
Á toda fé y benevolencia abiertos —  
Parafraseó las santas oraciones  
Que brotan de los simples corazones

Por el reposo eterno de los muertos.  
 No, como en los velorios de los niños  
 Que se ven en las vastas soledades  
 Del ancho campo de la patria mía,  
 La guitarra sonó; ni las parejas  
 El gato, repicante de alegría,  
 Ó el malambo, bailaron en contorno  
 Del cuerpo helado.

Silencioso, austero,

Rodeando el cadáver, triste grupo  
 Se veía. ¿Eran seres; eran cosas?  
 En cabezas de vaca, en los recados  
 De montar, en los bancos de madera,  
 Se alcanzaban á ver reconcentrados  
 Taciturnos, inmóviles, suspensos,  
 Gaüchos y mujeres como sombras  
 Que otra sombra velasen. Se creyera  
 Luces de fuego fátuo, las que ardían  
 Aquí y allá, chorreando, en candeleros  
 Hechos del blanco hueso aserruchado  
 Del caracú, y murientes se veían  
 Ahumando las paredes ó lanzando  
 Grumos de sangre y tinta.

## Una muchacha

Melancólica, larga, soñolienta —  
Muy semejante á la que fuera un día  
Maruja, arrebatada cual se sabe,  
Como arrebatada la feroz tormenta  
Con su familia y con su nido al ave,  
Para siempre jamás, — medio flotando  
Más bien que caminando, lenta y grave,  
Iba en silencio repartiendo el mate ;  
Y su saya, que á intervalos lucía  
Entre los oscos grupos de paisanos,  
Era tan sólo, con sus finas manos,  
Cuanto en el muerto ambiente se movía.

---

XIX

LA TAPERA



Anastasio el cantor de la llanura  
Espiró cual viviera.

El buen paisano  
Fundido en tu silencio y tu grandeza,  
¡Oh, pensativa y fiel Naturaleza,  
Que nivelas al procer y al villano!  
En tu lecho inmortal posó la frente  
Y al cabo descansó.

Misterio augusto  
Rodea su heredad.

Su muerte tarda  
Ni aun siquiera lloróla el campanario  
De la paterna iglesia.

Silencioso  
Vólido de otro mundo desprendido,  
En la noche profunda del olvido  
El Payador halló sombra y reposo.

Apenas si un paisano que á menudo  
Concorre en la lejana pulpería —  
Que, nómade cual son sus parroquianos,  
De los centros poblados cada día  
Se aleja más y más — trémulo canta  
Al compás gemidor de la guitarra  
De Anastasio las décimas vibrantes,  
Sin saber ni aún siquiera de que pecho  
La intensa angústia desahogaron antes.

La cruz de ñandubay hoy se levanta  
Junto al rancho desierto.

En él florecen

Llenas de pompa y vicio las acacias  
Que hasta en el cuarto destechado crecen ;  
Y dando al sol y á la intemperie gracias,  
Al viento de la tarde en que se mecen  
Sueltan las blancas mariposas lacias  
De sus pétalos puros ; que cayendo  
Con la tristeza de su lluvia leve,  
Forman colchón de perfumada nieve  
Que vá el soplo tendiendo y destendiendo.

Cual sombra en medio de la Pampa inmensa

La tapera se yergue silenciosa ;  
Y su ruina diríase que piensa ;  
Que el genio en ella del cantor habita ;  
Que al declinar la tarde se lamenta ;  
Que es la voz del peón la que solloza,  
Cuando una garza pasajera grita ;  
Y que aún se cubren de funéreo velo  
Cuando el sol, al herirlos de soslayo,  
Desprende de los muros la alta sombra  
Que, como negro pañolón de duelo,  
Hace correr del pasto por la alfombra  
Su fúnebre cendal de terciopelo.

En el solar en que habitó el paisano  
Hoy goza de la sombra y el reposo  
Del cansancio del sol la gran majada.  
Y encontrando la sal tan codiciada  
Las madres con los tiernos corderillos  
Relamen los adobes ancianos,  
Cual de guachos lamiéronles las manos  
Del Puestero Anastasio á los chiquillos.

FIN.



INDICE



	Pages .
I. Fin de tierra. . . . .	9
II. Manuela. . . . .	21
III. La canción. . . . .	31
IV. Luces y sombras. . . . .	39
V. El anuncio. . . . .	47
VI. En el nido. . . . .	55
VII. Los relatos. . . . .	61
VIII. La aurora. . . . .	67
IX. Los dos viejos. . . . .	73
X. Restos. . . . .	81
XI. La visita. . . . .	89
XII. Anhelos. . . . .	99
XIII. La oración. . . . .	105
XIV. Fruto. . . . .	117
XV. La blasfemia. . . . .	125
XVI. La sombra. . . . .	133
XVII. El aviso de Basilio. . . . .	139
XVIII. La muerte. . . . .	143
XIX. La tapera. . . . .	153



# VOCABULARIO



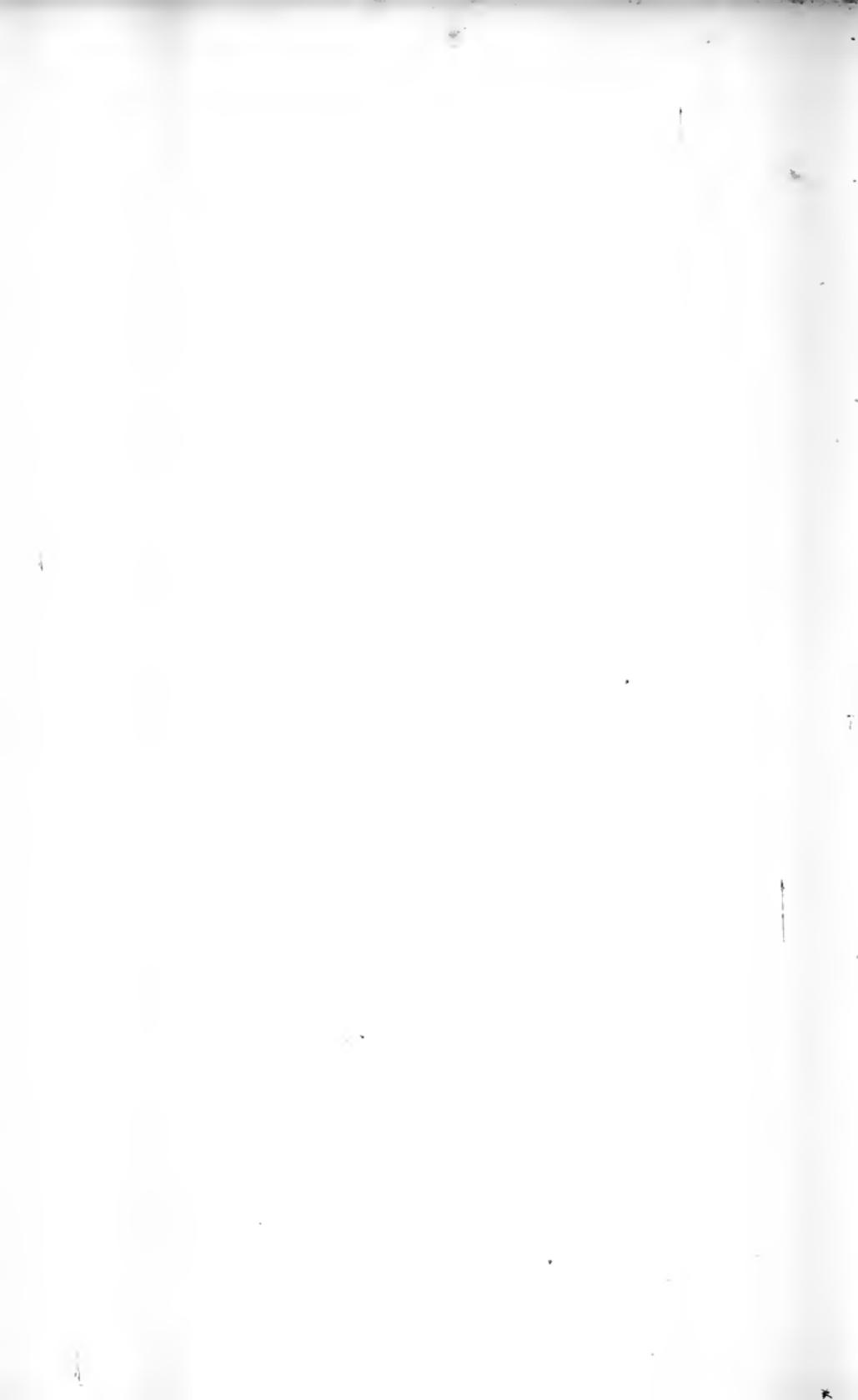
# PALABRAS

Y MODISMOS ARGENTINOS EMPLEADOS  
EN EL POEMA.

- Agregado*: Peón que, por lo general, trabaja á cambio del hospedaje y la comida.
- Apero*: Recado de montar á caballo.
- Aplastarse*: Caerse de cansado.
- « *Arrimar fierro* »: Aplicar la marca.
- Bagual*: Potro aún bravío.
- Bañado*: Humedal: estero.
- Biznagal*: Sitio poblado de la planta salvaje de ese nombre.
- Brillazón*: Espejismo.
- Bordonas*: Cuerdas mayores de la guitarra.
- Campero*: Persona practica en faenas campestres.
- Cancha*: Sitio espacioso y desembarazado.
- Cañadón*: Zanja natural con agua y hiervas salvajes.
- Caracú*: Tibias de los cuadrúpedos.
- Carancho*: Caracara.
- Carao*: Ave; de la familia de los carádridos(?)
- Cardal*: Cardizal.
- Carona*: No « la parte interior de la albarda »; sino manta de cuero independiente que va sobre las *ba-jeras*, esas mantas que cubren, el lomo del animal enjaezado, á modo de sudadero.
- « *Cebadas penas* »: Como si se dijera: penas crónicas.
- Cortados*: Animales desertores de la tropa.
- Cuereo*: Sacar el cuero: cuerear.
- « *Cosa mala* »: Aparición multiforme conque, cree la gente campesina, se presentan á pedir oraciones las almas de los extintos.

- Cuja*: Cama.  
*Cumbrera*: Tirante central del techo  
*Chajá ó Iajá*: Ave.  
*Chamica*: Chamiza (?).  
*Chanchó*: Cerdo.  
*China*: Mujer querida; mote cariñoso.  
*Choclo*: Maiz tierno.  
*Decime*: Dime.  
 « *Dejar el cuero* »: Morir.  
*De juro*: Defectivo de seguramente: de seguro.  
*Domadas*: Domas.  
*Enancada*: En ancada.  
 « *Enlazar de codo vuelto* »: Arrojar el lazo de cierta manera.  
*Estilo*: Acompañamiento especial de cada trova.  
*Estancia*: Establecimiento de ganadería.  
*Estanciero*: Propietario de establecimiento de ganadería.  
*Facón*: Faca.  
*Galpón*: Almacén ó depósito.  
*Guacho*: Animal abandonado por la madre.  
*Guasca*: Tira de cuero.  
*Hierra ó yerra*: Faena de la marcación.  
*Humita*: Manjar compuesto de *choclo* rallado.  
*Indiada*: Muchedumbre de indios amotinados.  
*Largador*: Quien da suelta á la majada.  
*Lechiguana*: Colmena y avispa.  
*Lobuno*: Caballo de pelaje color de lobo.  
*Malevo ó Malego*: Hombre peleador.  
*Malones ó Malocas*: Correrías de indios.  
*Manada*: Tropa de yeguas.  
*Marcantes*: Peones encargados de aplicar la marca.  
*Mate*: Calabaza. é infusión del mismo nombre que se escancia en aquella.  
*Maciega*: Hierbas salvajes y altas.  
*Montonero*: Guerrillero americano.  
 « *Muy de una vez* »: Inmediatamente: de todo en todo.

- Matrera*: Persona que huye de la justicia.  
*Nastasio*: Defectivo de Anastasio.  
*Nutriadas*: Caza de las nutrias.  
*Ñandubay*: Mimosea.  
*Pajal*: Pajonal.  
*Palenque*: Estacada para atar bestias.  
*Pastizales*: Terrenos de pastos altos.  
*Payador*: Trovador popular.  
*Pechada*: Golpe dado con el pecho del animal.  
*Pialar*: Apearlar. Enlazar de las manos un animal para derribarlo.  
*Pingo*: Caballo.  
*Ponchazo*: Golpe dado con la ruana.  
*Poncho*: Ruana.  
*Puestero*: Peón que tiene á su cargo una sección de Estancia.  
*Puesto*: Casa de un peón de Estancia.  
*Pulpería*: Almacén.  
*Rancho*: Habitación.  
*Ranchada*: Varias habitaciones.  
*Renegridas*: Muy negras.  
*Rodeo*: Sitio donde para regularmente el ganado.  
*Retobado*: Aferrado en cuero.  
« *Sacálos china* »: Sácalos, mujer.  
« *Tan de una vez* »: Como « muy de una vez ». Inmediatamente.  
*Tapera*: Ruina de rancho.  
*Tirador*: Cinturón.  
*Tendida*: Echarse el animal á un lado en la carrera.  
*Teros*: Teru-teros: ave de grito onomatópico.  
*Velorio*: Velatorio.  
*Viuda*: Aparición fantástica: luz mala.  
*Vizcachera*: Cueva del cuadrúpedo llamado Vizcacha.  
*Yerra ó hierra*: Faena de la marcación del ganado.





CHARTRES. — IMPRIMERIE DURAND, RUE FULBERT.



3.3

Tn

*FRANCISCO SOTO Y CALVO*

---

# NASTASIO



CHARTRES

IMPRENTA DE DURAND

RUE FULBERT

—  
1899